



LAURINDAS

POR

LAURINDO LAPUENTE

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA, AUMENTADA
Y PRECEDIDA DE VARIOS JUICIOS.

Precio—30—pesos.

BUENOS AIRES

Imprenta de LA DEMOCRACIA—Piedad 33.

1869



LAS LAURINDAS

SEGUNDA EDICION

Sale á luz la segunda edicion de estas poesías, á las que di mi nombre, porque el espíritu de ellas es mi retrato moral.

Va aumentada esta edicion con los juicios que mereció la primera, novedad literaria que ofrecen mis obras, para que el lector conozca las opiniones emitidas en pro y en contra de ellas.

Al corregir los defectos de la primera edicion, he tenido presente los avisos de mis criticos, siempre que me han parecido justos; he suprimido algunas poesías reemplazándolas por otras, y agregado tambien, las que en el indice figuran con letra bastardilla.

Agradezco de corazon á las personas que se han ocupado de analizar mis LAURINDAS, y me complazco en que de ese análisis, hayan resultado aplaudidas, la mitad de las que formaban aquella coleccion.

Los juicios que conjuntamente se han escrito y publicado, sobre las LAURINDAS y las REPUBLICANAS, irán por apéndice en la segunda edicion de estas últimas.

Laurindo Lapuente.

Buenos Aires—1869.

JUICIOS DE LA PRIMERA EDICIÓN

I

D. Carlos Guido y Spano.

Señor D. Laurindo Lapuente :

Estimado Señor:

He recibido y leído con mucho gusto sus LAURINDAS—suave nombre. Gracias por su remision y gracias tambien por la distinguida deferencia con que me incita Vd. á emitir mi juicio sobre sus composiciones. Algunas tienen alas y escaparían al exámen. Por lo demás, la crítica demasiado escrupulosa en el momento de aparecer un libro de poesías, debe hacer al autor un efecto algo parecido, al que produciría á una jóven elegante aderezada para asistir á una fiesta, la observacion de que no todas las flores de su

guirnalda estaban frescas, ó de que en su traje de gala se notaba algun descuido en la combinacion de los colores. Las musas, por otra parte, pertenecen á ese pícaro sexo no siempre encantador, que no quiere entender de otra cosa sino de melindres, perfumes y caricias. (Hablo sin malicia.)

Me parece pues, mas llano y mas justo felicitar á Vd. ingenuamente por la publicacion de sus LAURINDAS, algunas tan dulcemente melancólicas, que no entraré en un exámen técnico de sus bellezas ó sus imperfecciones: tarea que solo incumbe á los maestros. Diré solo que entre aquellas, prefiero las que llevan por título—MI SOMBRA, VANA ESPERANZA, LA RAZON, LA IGNORANCIA Y LA CIENCIA, LAS DOS CORONAS, LA TEMPES-TAD Y LA CALMA.—Hay tambien un cantarillo que Vd. llama ARRULLO, el cual en su mayor parte, merece ser aprendido de memoria para adormecer á los niños. Pocas composiciones de este género conozco; lo que es para hacer dormir á *la gente grande*, la abundancia es inmensa.

Felicito á Vd. de nuevo por el fruto de su constancia y de su ingenio. Asistir á *pública* y salir escribiendo LAURINDAS, es una hazaña casi incomprendible. Los que frecúentan por obliga-

cion la Cámara de Justicia, ese Olimpo escabroso poblado de personajes mitológicos, tan parecidos algunos al sargento de Utrera que reventó de puro feo, generalmente no salen inspirados de aquel augusto recinto, sino antes bien, echando peste; y pateando. Y aquí, señor, está precisamente su mérito, que con los autos debajo del brazo, va Vd. á prosternarse ante el altar de las divinidades mas puras, quienes hago votos le tengan á Vd. de su mano, alejándole *per vitam æternam* de los arcos de Cabildo, y concediéndole la dicha inefable, en premio de sus nobles aspiraciones, de no ver jamás ni la sombra, ni la rúbrica de ningún escribano.

Saluda á Vd. atentamente—

S. S.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

Junio—1865.

II

D. Isaac N. Arco.

Señor D. Laurindo Lapuente.

Mi amigo Lapuente:

He leído con mucho interés el cuaderno de poesías tuyas, que ha tenido Vd. la amabilidad de obsequiarme. Aunque de corazón muy aficionado á lo ameno, sin conocimiento del arte y respirando casi esclusivamente la atmósfera abrumadora del Fuero Juzgo, Parádas y Recopiladas, ¿qué vuelo puede tener mi humilde inspiración para apreciar los acentos inspirados de una lira como la de Vd. que goza ya de una buena reputación entre nosotros?

No obstante, la lectura de sus poesías me ha hecho sentir bastante para que pueda renunciar á la grata idea de felicitarlo por los progresos de su inteligencia que ellas revelan.

Inspirándose Vd. en los fenómenos mismos del corazón que es inagotable, hace modular á su lira los acentos enérgicos de la filosofía y desenvuelve con éxito en un estilo claro, rico y ele-

gante, las ideas de que se siente animado.

En muchas de sus composiciones he creído con placer descubrir al poeta, ya reflejando con la viva naturalidad del caso el estado de alegría ó tristeza de su espíritu, ya describiendo con animada exactitud y gusto, las propiedades de una flor ó el furor de una tempestad.

Ya comprenderá Vd. que yo no concibo esa poesía sistemática y pertinaz que consiste en llorar siempre creando protestas antisociales, ó en convertir al mundo en un paraíso habitado por ángeles solamente—El poeta hace hablar á la naturaleza su lenguaje; la obra del arte es el estilo y nada más—Así, la idea de Buffon «el estilo es el hombre» es muy exacta, tomando la espresion, en su sentido genuino y retórico á la vez; porque Vd. sabe perfectamente que si las personas se caracterizan por la fisonomía, el estilo caracteriza á los escritores—Siendo el poeta intérprete de la naturaleza (física y moral) todas las manifestaciones de esta, deben reflejarse en su imaginacion con sus colores propios, y de aquí nace la variedad de las asuntos, del estilo y de los metros.

Pero la naturaleza á través de esa variedad y confusion aparente, es metódica y protesta siem-

pre con mas ó menos enerjía contra los que mejor intencionados que inspirados, le atribuyen propiedades ficticias, ya en el órden físico, ya en el órden moral; resultando de esta monstruosidad el descrédito de la poesía que tolera tales licencias, prescindiendo de la voluntad de Dios y del buen gusto de los pobres lectores.—Vd. se ha emancipado felizmente de la escuela de esos trabajadores á pura pérdida, como diría un economista, pues tomando como lo hace, las ideas, y desarrollándolas gradualmente con método é instruccion, ofrece siempre en sus versos al ávido lector, lecciones mas ó menos fecundas y provechosas.—En este sentido prefiero, quizá temerariamente, entre sus composiciones, estas:—CAMPO-AMOR, A UNA MADRE, LA VOLUNTAD, LA IGNORANCIA Y LA CIENCIA, LA TEMPESTAD Y LA CALMA.—En todas ellas y otras como la última—A MI LIRA—sostiene Vd. con éxito, á mi humilde juicio, la seria inspiracion que lo domina y que se propone desenvolver.

Lo felicito, pues, por los progresos que ha hecho su intelijencia.

Suyo—

ISAAC P. ARECO.

Junio de 1865.

III

D. Uicomedes Antelo.

(Publicado en EL PUEBLO de Buenos Aires.)

No poca ha sido nuestra sorpresa de oír entonar versos pacíficos en medio de la oscura tempestad bélica que nos rodea. Es acaso que el Sr. Lapuente la cuenta tan segura con los Paraguayos, que no se preocupa de los cañónazos, y de los ejércitos de Xerxes que avanzan? Sin entrometernos demasiado en la conciencia ajena, basta recordar que los poetas fueron siempre jente de paz, y esta clave nos explicará el misterio de tener versos nacidos en la época mas árida para las musas, que tuvo jamás el Rio de la Plata. Lo siguiente acaba de revelar al poeta pacífico.

El Estado es la nave
Que á toda vela,
Por el mar de las iras
Rauda navega;
¡ Ay de la nave !
Si de tantos escollos
No hay quien la salve !

Esa nave preciosa
Que llaman patria,

Va cargada de vicios
Y de ignorancia;
Pues las virtudes
Y la ciencia, en las garras
Del mal sucumben.

La libertad la guía
Y en sus antenas,
El pendon de los libres
Libre flamea;
Mas para el vicio,
Libertad y licencia
Todo es lo mismo.

De la igualdad proclaman
El dogma santo,
Y gigante es el rico
Y el pobre enano;
Y ante las leyes,
La inocencia agoniza
Y el crimen vence.

Que la union es la fuerza
Gritan los nautas,
Y la discordia juran
Tener ahogada;
Mas de repente,
El bienestar se trueca
En guerra á muerte.

El estado es la nave etc.

En estas pocas estrofas se revela al poeta de las tendencias filosóficas, que caracteriza nuestra época. Sin pensar precisamentè como el autor sobre la materia de sus alusiones, reconocemos el sentimiento de noble patriotismo que las dicta. Pero la presente guerra, que ha sido provocada por el tirano mas bárbaro y audaz que cobija la América, esperamos que ofrecerá dentro de poco, á nuestro inspirado humanitario, el tema mas hermoso que pudiera versificar un poeta republicano. La resurreccion del Lázaro Paraguayo, cuando hiera la vista de los desconfiados, con la realidad de los hechos fecundos y memorables, recordará al señor Lapuente que detrás del horror de los cañones, suele ocultarse la libertad de un pueblo esclavizado sin esperanza.

LAS LAURINDAS del señor Lapuente son unas composiciones cortas, variadas y agradables que están en perfecta armonía con la época, cuya palabra sacramental es—*times is money*. Los poetas son muy vivos: han comprendido al fin que la primera de las *consonancias* debe ser con el tiempo en que viven, y despues, aunque vengan los asonantes. El estilo nos parece bastante correcto.

Excusado es decir que somos jueces incompe-

tentes por lo tocante al mérito artístico de las LAURINDAS. Elojiamos la propiedad, y mas' que todo el derecho, de que los padres den su nombre á sus hijos, tanto mas cuanto que, por su laboriosa construccion deben haber costado algunos desvelos al autor de su existencia. Pero el buen gusto, juez inapelable en estas materias, *casi* no tiene reglas. Unas LAURINDAS puestas al frente de una *Arjentiada* son bastante prueba de esta verdad. (Y hablamos solo del bautismo.) *

Hay en la coleccion de que nos ocupamos algunas, que nos recuerdan la delicadeza de sentimiento del tierno y filosófico Echeverría.—Hé aquí algunas estrofas de la—SENSITIVA—que aspiran á confundirse con la *Aroma* del primero de los poétas argentinos:

Menos gallarda pero mas sensible
Que la azucena, el tulipan y el mirto,
En las agrestes soledades mora,
La sensitiva.

Humilde yerba, la desprecia el vulgo,
Ni aromas tiene ni agradable aspecto;
Al corazon con sus virtudes habla,
No á los sentidos.

Solo el ambiente fugitivo, á veces
Deja el pensil y á su morada vuela;
Y enamorado, en su corola imprime
Ósculos tiernos.

Sobreógida cual la jóven casta, .
Que siente amores por la vez primera;
Pliega sus hojas, al contacto suave
De los objetos.

¡Cuánto atractivo su pudor encierra! .
¡Cuánto respeto su virtud infunde!
¡Cuánto cariño su inocencia pura,
Al alma inspira!

Símbolo bello del querub que adoro,
Amable y tierna *sensitiva* hermosa,
Porque los hombres tus virtudes amen,
Yo te las canto.

El autor muestra un gusto especial para el apólogo.—La SIERPE Y EL CÓNDOR, personalizando á la rastrera envidia y al génio prepotente, es una composicion felicisima que en nada cede á Samaniego.

A fuerza de arrastrarse,
La astuta Sierpe consiguió elevarse
A la regia morada,
Del Cóndor que en las nubes se cernía;
Y al crimen preparada,
Y lanzando silbidos de alegría,

Esperaba el momento
En el que el rey del viento
Se entregara al reposo,
Para clavarle el dardo venenoso;
Y al que encumbrió la suerte
Darle traidora, inevitable muerte.

Pero es demas hacer citas y prolongar este articulo, cuando las LAURINDAS están al alcance de todo el mundo. El que quiera leer bonitos versos de color local, búsquelas: es bocado que no se encuentra todos los dias, y menos en tiempo de guerra.

Esta publicacion es consoladora. Ella nos muestra que al frente del materialismo que nos invade y nos envuelve como irresistible torbellino, no muere enteramente el génio poético en la tierra clásica de las musas. Y nos revela ademas, esa evolucion que se opera en los tiempos, transformando la tendencia y la indole de las producciones del espíritu, y dirigiéndolas siempre por el camino de la perfeccion.

Ya el señor Lapuente no se ocupa de enseñar á enamorar en verso, como nuestros poétas galantes de otra época. Poco se preocupa de los dientes de marfil, de los labios, uñas etc. y LA TEMPESTAD Y LA CALMA, nos aseguran que ha sa-

bido comprender la naturaleza de la verdadera poesía descriptiva amoldada á las necesidades del siglo. Esa hermosa composición que ha acertado retratar las pasiones del alma por medio de imágenes físicas elejidas con gusto, hace honor al poeta filósofo.

Estas obras anuncian pues al poeta de la escuela moderna, que reclama su puesto en las luchas de la civilización. La poesía puesta al servicio de la libertad, de la moral y de la religión sin fanatismo, he aquí, en el fondo, un mérito bastante para hacer los versos de Lapuente dignos de un público ilustrado. Los padres de familia mas escrupulosos, nada tienen que recelar de un libro, que el mas severo Caton pondría en manos de sus hijos. Las LAURINDAS son puras, como el cielo del Plata.

Las poesías que recomendamos al público tienen un motivo especial de simpatía que es personal al autor. Nuestro amigo el señor Lapuente es un jóven que, segun estamos informados, no ha tenido una educación literaria bastante completa, y no deja de ser una especie de milagro (aunque nosotros no creemos en ellos), que perseverancia sea tan poderosa hasta vencer esas y otras dificultades de posición social. Son los fe-

nómenos de la Vocacion, y la prueba de aquel antiguo refran de que *el poeta nace etc.*.

Reciba el autor de las REPUBLICANAS otra felicitacion por sus LAURINDAS.

NICOMEDES ANTELO.

Julio de 1865.

IV

D. Carlos María Ramirez.

El presente juicio satírico, burlesco y personal, fué escrito por D. Carlos María Ramirez y publicado por dicho señor bajo el seudónimo de *Gravroche*, en «La Revista Literaria» de Montevideo, dirigida por D. José A. Tavolara.

LAS LAURINDAS.

No hay que asustarse.

No es mi pretension crear una palabra nueva, lo que por otra parte es moneda corriente entre nosotros,—ni deslizar en los oidos del lector un sarcasmo sobre unas *poesías* recientemente publicadas. •

LAURINDAS, si señor, LAURINDAS! es el nombre que D. Laurindo Lapuente ha dado á sus últimas producciones en la pila bautismal de su caletre.

Las LAURINDAS no son pues, un nuevo género sinó un retrato de mi persona, dice D. Laurindo en el prólogo de las LAURINDAS.

La fotografia ha dado un gran paso; de aquí en adelante será la misma cosa tener las poesías ó el retrato de Sr. Lapuente.

Don Laurindo se ha fijado sin duda en que Cristóbal Colon no ha podido legar su nombre al mundo descubierto por su génio, y ha esclamado con el tono majistral de los profetas: No me sucederá otro tanto!

Hé ahí á nuestro hombre que se echa á buscar en las profundidades de su cabeza, el medio infalible de ligar su nombre á la obra de su génio, de imprimir un sello indeleble en el producto su arte; hélo ahí que se levanta, rebosando de alegría como Arquímedes de su baño, con el *quid* de la cuestion, con el gran secreto, con la gran palabra—*Laurinda! Eureka!*

Hay ceguedades incomprensibles de los genios. Miren Vds. á Homero, dando lugar á que los sábios, á fuer de sutilezas y conjeturas, lleguen á dudar de su existencia! ¿Y todo por que? por no haber descubierto el gran secreto de Don Laurindo. Miren Vds. á Virgilio que tiene la simpleza de llamar á su poema *Eneida*, en vez de llamarle *Virgiliada*.

¡Qué adelantos los del siglo!

Todo tiene un nombre nuevo, hasta lo mas vie-

jo. En este tiempo, una mujer que toda su vida se ha llamado *Mariquita*, empieza á llamarse con el poético nombre de *María* á los sesenta años de edad.

Nombres nuevos, aunque sean traídos por la punta de los cabellos! Conozco una criatura á quien sus buenos padres han bautizado con el nombre de *Sóleda*, porque nació en el dia del sermón de *Soledad*.

Entren Vds. á un Hôtel francés, y en una lista impresa de nombres mas ó menos pomposos, encontrarán: *Pommes de terre en robe de chambre*—traducción libre—*Papas en mangas de camisa*. Pidan Vds. el misterioso manjar y se les presenta un plato de *papas sin pelar*.

Esto de ningun modo quiere decir, que nosotros establezcamos semejanza alguna entre el *misterioso manjar* y las LAURINDAS.

Muy lejos de eso. Dejando á un lado nuestras chanzas, debemos declarar que es porque simpatizamos con las ideas liberales del Sr. Lapuente, y porque encontramos en algunas de sus composiciones verdadera poesía en la forma y en la idea, naturalidad y elegancia; que necesitamos criticar la estrafalaria afectacion y la corrupcion del

buen gusto que se nota en la mayor parte de sus versos.

Entremos en materia.

Notamos en primer lugar en el Sr. Lapuente una manía muy comun, casi epidémica en la nueva falange de *pretendidos poéatas*; la manía de las *composiciones diálogos*; una furia singular de convertir en *orador* á cuanto objeto tiene la desgracia de pintarse en sus traviesas retinas.

Este recurso literario, es muy viejo en la historia de la poesía. Victor Hugo lo empleó con la maestría de costumbre, en *La rosa y la tumba*, en *La naturaleza*, en *El velo* y en alguna que otra de sus composiciones.

Campoamor lo ha empleado mucho, no siempre con el mismo acierto, y casi puede decirse, con esceso.

La *naturalidad* en la espresion es el gran precepto, no de tal ó cual retórica, de Horacio ó de Boileau, sinó del *buen gusto*.

De Campoamor hasta nosotros ¡que abuso de los tales *diálogos*! ¡Cuántos cargamentos de muelas de Santa Polonia!

Las *florcs*, los *árboles*, los *rios*, las *virtudes*, los *vi- cios*, las *sombras*, etc. etc. debian protestar contra

ese reproche de *charlatanería* que nuestros poetas á cada paso les infieren.

D. Laurindo no quiere quedarse atrás, y á fé, á fé, que no son muy grandes sus dotes de orador, si vamos á juzgar por los discursos de las *protagonistas* en sus LAURINDAS.

El-nuevo Libro del Sr. Lapuente se inaugura con el siguiente *diálogo*:

MI SOMBRA

—¿Quién eres, sombra que siempre

En pos de mis pasos vás?

—Ignora mas bien mi nombre

Porque mi nombre es fatal.

—Fatal, y sigues mis huellas....

¿Quién eres, negra deidad?

—La que dió á tus ojos llanto

Y á tu corazon afan;

La que formó entre amarguras

Tu alma *enérgica* y *audaz*;

El yunque de los que vienen,

La gloria de los que van.

—*Basta al fin te reconozco.*

Te conozco, mascarita, es lo mismo. Aquí le pica la curiosidad á la maldita Sombra, de saber si efectivamente Don Laurindo la conoce, y pregunta: *¿Quién soy, pues?* (sic.)

A lo que Don Laurindo responde con un par de exclamaciones: ¡¡LA ADVERSIDAD!!

Tiene razon la Sombra de Don Laurindo al decir que le ha formado una *alma enérgica y audaz*.

Para escribir y publicar semejante *pamplina*, se necesita *audacia, energía*, agallas poéticas, como decian un crítico mordaz á otro *poéta* de la gran falange.

Otro de los *diálogos* se titula LA ORGIA.

Despues de una corta descripcion que el Sr. Lapuente considerará muy bella, pero que para nosotros es muy *insulsa*, se levanta *El Cinismo* y esclama:

Que la moral severa
Tenga sus dogmas,
Eso al libre albedrio
Nada le importa.

En seguida LA EMBRAGUEZ sale gritando:

El amor sin el vino
Es amor yerto;
Bebed porque os abrase
Amor de fuego.

LA LUJURIA entonces vocifera:

Si un serrallo tuviera,
Con mil amadas
Las mil no aciarían
Todas mis ansias.

Todo esto, lo últi no sobre todo, es de muy *mal gusto*, No queremos de cierto el jesuitismo aplicado á la poesia, pero sí queremos la *decencia*.

El Sr. Lapuente, moralista estóico, filósofo severo, apóstol inflexible, quiere sin duda tener de cuando en cuando sus deslices como la mayor parte de los moralistas, de los filósofos y de los apóstoles. Rousseau, el declamador insigne, ha escrito el libro mas *infame* que puede concebirse, *Las Confesiones*, y el idealista Victor Hugó salpica sus *Contemplaciones* con la *olorosa* palabra de Cambronne.

Tengamos la prudencia del telon en el tercer acto del *Antony* de Dumas, para no entrar en la crítica de LA ORGIA . . . y pasemos á otro *diálogo*.

Voy á elejir el mas curioso:

Un dia la CIENCIA tiene la desgracia de encontrarse con la IGNORANCIA por la calle sin duda, aunque el autor no lo determina. Se miran, no se saludan y hé aquí que se agarran en cuestion. La razon filosófica de esto, nos la esplica D. Laurindo.

Y trajo esta competencia
La natural discordancia,
Porque el pro de la ignorancia
Es el contra de la ciencia.

Don Laurindo acierta á pasar por el lugar de la cuestion, y nos cuenta el interesante diálogo que la Ciencia y la Ignorancia sostuvieron:

—Mucha es pardiez, tu arrogancia.

—Mayor es tu impertinencia.

—¡Paso! que soy la ignorancia.

—¡Atrás! porque soy la ciencia.

—Ciencia es vanidad humana.

—Ignorancia es vil tributo.

—El sabio en vano se afana.

—En vano, se afana el bruto.

—La ciencia hastia y dá enojos.

—La ignorancia engendra necios

—El sabio recoge abrojos.

—El ignorante, desprecios.

—La ciencia es altiva y loca.

—La ignorancia, audaz y ciega.

—El sabio al cielo no toca.

—El neçio al suelo no llega.

—Mucha es pardiez tu arrogancia.

—Mayor es tu impertinencia.

—¡Paso! que soy la ignorancia.

—¡Atrás! por que soy la ciencia.

¡Qué mal génio debe tener el Sr. Lapuente, si (como él lo asegura) cada una de las LAURINDAS es un retrato de su persona! ¡Qué energúmeno ha-

bia sido la tal IGNORANCIA! ¡Qué *tigre* la tan nombrada CIENCIA!

Cuando recién leimos el interesante altercado, se nos figuró que era una continuación de las cuestiones entre la *Tribuna* y el A. del *Siglo*:

Porque vos sos mu pillo y yo mu pavo
Porque vos sabés mucho y yo no zabo.

¡Pobre ciencia, en manos de D. Laurindo Laurientel

La LAURINDA no concluye todavía con el diálogo.

El lector se queda en ayunas sobre lo que sucede en seguida; pero el *poeta* se echa á hacer reflexiones sobre el caso, y despues de mucho meditar, concluye diciendo con tono magistral:

Pero la sabia experiencia
Prueba en toda circunstancia.
Que el error—es la ignorancia.
Y la verdad—es la ciencia.

Esto nos hace acordar de cierto brasilero que decia con mucha gravedad hablando del agua:
Cuanto mais assucar se bota, mais doce fica.

O tambien de José Pedro Varela (ex-Pedro José) que en un artículo pomposo sobre la muerte del gran Lincoln, la observacion mas profunda y tras-

cidental que hacia, era sobre los gritos desaforados de la esposa del ilustre ciudadano.

Muchas reflexiones podríamos hacer sobre los demas *diálogos*, pero es preferible que pasemos á otra cosa.

La cuarta de las LAURINDAS se titula «Cam-poamor» y empieza así:

Hay en España poëtas
Como en el cielo planetas,
Como perlas en el mar;

Principio que seria muy *tonito*, si la estrofa no conclayera con el siguiente geroglífico:

Como en la suerte mudanzas,
Como en la vida esperanzas
Por nacer y marchitar.

Aquí viene lo mas lindo:

Y en esa patria gloriosa
De Cervantes y la *Rosa*,
De Quintana y Calderon....

.....
¡Rosa! Hé aquí un poeta español que los lectores sin duda no conocen. ¿Será algun amigo ó contemporáneo de Cervantes?

Voy á explicar el enigma. *Rosa* (aunque esto pa-

rezca algo extraño) es Martínez de La Rosa. Licencia poética dirá D. Laurindo; y en virtud de la misma *licencia*, mañana puede salir D. Ramon Campoamor, llamando al Sr. Lapuente, *Ente*, lo que quizás traería consecuencias desagradables.

Ademas, ¿puede darse amalgama mas estraña que la que confunde á Cervantes, Martinez de la Rosa, Quintana y Calderon?

Primero, Cervantes, el inmortal autor del Quijote; en seguida, Martinez de la Rosa, el *clásico retinero*; despues, Quintana, el gran poeta moderno de la España; y por último, Calderon, el gran génio dramático, anterior en mas de dos siglos á Martinez de la Rosa y á Quintana.

¡Qué *zampillaerostation* atrevida la del Sr. Lapuente!

La otra estrofa dice así:

Como Horacio eres lucido
Como Virgilio fluido,
Y como Ovidio inmortal,

¡Está visto! D. Laurindo tiene tan poco acierto para las citas históricas como para los *diálogos*.

Calificar á Horacio de *lucido*, á Virgilio de *fluido* y á Ovidio de *inmortal*, es la *non plus ultra* de las *agallas históricas*. Ovidio, como puede verlo el Sr.

Lapiente en cualquier libro de literatura elemental comparado con Horacio y con Virgilio, es un *surcador de versos*, un *poéta de pacotilla*. Ovidio es á Horacio y á Virgilio lo que *La Rosa* es á Quintana y Calderon.

En un raptó de entusiasmo el *poéta* esclama:

Y por tus *Doloras* lindas
Diera todas mis *Laurindas*,
Y mi *gloria* y mi *laud*.

¡*Mis Laurindas, mi gloria y mi laud!* ¿A que D. Laurindo no le propone el cambio á D. Ramon? ¡A que nó!

A la página siguiente de la LAURINDA Campoamor, encontramos la LAURINDA Dios.

Es un soneto:

Dios es el grande autor que de la nada
Formó el *total* que el universo encierra,
El cielo, el mar, la atmósfera y la tierra,
El sol ardiente y la tiniebla helada.

Dios, es la perfeccion inmaculada
El *súpremo* saber que nunca *yerra*,
La omnipotencia *colosal* que *aterra*,
El tiempo y la estension ilimitada.

La gradacion de seres y de esferas
Que orgánizó *para ensalzar su nomhre*,
De su existir son *pruebas* verdaderas;

La justicia inmortal es su renombre,
La verdad y la *fé* son sus lumbreras,
Su templo el mundo, quien lo *ádora* el hombre.

Francamente, esto, salvo algunos *disparates*, es un trozo de Gérusez puesto en verso, pero en verso muy feo; esto poco mas ó menos lo dice el padre Astete; esto es digno de D. Juan Manuel Bonifaz.

D. Laurindo, no quiso quitarnos en el prólogo el placer de una sorpresa, que en seguida nos da, y es—la creacion de *un nuevo género*, un género al que despues de serias y largas reflexiones hemos dado el nombre de *composicion catálogo*.

Para que los lectores puedan comprender la importancia y propiedad de nuestro nombre, vamos á transcribir la LAURINDA á que aludimos:

EL VACIO.

•Hay en los campos arbustos,
En los arbustos hay flores,
En las flores hay perfumes,
Y en los perfumes hay goces:

Hay en los mares corrientes.
En las corrientes hay choques,
En los choques hay espumas,
Y en las espumas hervores:

Hay en los espacios auras,
En las auras ruiseñores,
En los-ruiseñores cantos.
Y en los cantos ilusiones:

Hay en los cielos estrellas,
En las estrellas fulgores,
En los fulgores reflejos,
Y en los reflejos visiones. . . .

¿A qué viene todo esto, preguntará el lector? Pues bien, ese es el mérito de la *composicion catálogo*. Toda esa lista de *cosas é ingredientes* es para formar el contraste con el *vacio* de D. Laurindo.

En efecto la *composicion* termina así:

Y solo mi corazon
Es ¡ay! un desierto, en donde
Todo se abisma en la nada,
Alfa y *omega* del hombre.

Hem os concluido con las LAURINDAS, pero no hemos concluido con D. Laurindo.

Este Sr. en una carta á los redactores de *La Revista Literaria*, dice así:

«Remito á Vds. un ejemplar de mis poesias, para que se sirvan emitir su ilustrado juicio respecto de ellas, á fin de tener presente en la *segunda edicion*, etc. etc.»

En la *segunda edicion*! ¡Hé ahí el problema!

¿Ha olvidado ya el *-poéta* lo que una de sus LAURINDAS dijo?

El mónstruo del egoismo
Tiene el corazon de fierro,
Y es amigo de los *Cacos*
Pero no de los *Orfeos*.

¡Ay! No medran los Orfeos en éstos tiempos del vapor.

Ademas ¿está seguro el Sr. Lapuente de que el que lea las singulares LAURINDAS, no se convierta en *Caco*?

No obstante, todo es de esperarse de la *energía* del Sr. Lapuente.

- Concluiremos haciendo votos por la *segunda edicion* de las LAURINDAS.....en blanco.

GRAVROCHE.

Estas fueron las únicas palabras de aliento, que por la publicacion de las «LAURINDAS» me dirijieron mis compatriotas desde el suelo natal!

Julio de 1865.

V

D. Luis D. Desteffanis.

(Publicado en LA REVISTA LITERARIA de Montevideo.)

Pocas cosas hay por estas regiones tan notorias como la fecundidad poética de D. Laurindo Lapuente; fecundidad que se acarreó la ironía espiritual y maligna del viejo *Barrabás*, cuya musa jime ya acallada por la gota y la pereza de su confidente;—fecundidad que puso en recelo al público al saber que el Sr. Lapuente, iba á coleccionar sus *poesías*: es decir, á presentarle un enorme volumen de versos. Sin embargo no ha sido así; el Sr. Lapuente, sacrificaba su amor propio al buen gusto, é imitando el óptimo ejemplo que le habia dado no há mucho D. Heráclio C. Fajardo, escojió del farrago de sus composiciones, las que le parecieron las mejores en el *género sentimental* y las coleccionó en un corto y elegante tomito, que viene á mezclar su débil pero armoniosa voz al estampido del cañon que nos zumba en los oidos.

La prensa del Plata se ha ocupado, con mayor ó menor detención é imparcialidad de las LAUREN-

DAS; de modo que nada de nuevo queda ya quedecir acerca de ellas: á lo menos no tenemos nosotros tal pretension y si nos ocupamos ya de las poesias en cuestion es tan solo para acceder al deseo del autor, quien honrándonos con un ejemplar de su libro, nos requería nuestro desautorizado juicio. Hélo aqui, dictado con la franqueza que resulta de la severidad hermanada con la benevolencia.

En el prólogo que encabeza la coleccion, y que tiene el requisito loable de ser muy breve, nos dice el poeta que, como nada retrata mejor al hombre que sus propias ideas, por eso ha dado su nombre á las poesias que mas se le parecen—Esto nos dá el origen etimolójico de las LAURINDAS, las que no son sinó un retrato—*moral* por supuesto—de su autor, un éco de su corazon ó un vuelo de su pensamiento.

Ese vuelo no es muy atrevido, que digamos: nuestro poeta no sondea los grandes problemas sociales, limitándose con echarles encima una ojeada rápida como el traspaso de una mariposa sobre una flor. Por lo que toca al corazon, este es excelente; se enardece por lo bello, se entusiasma por lo justo, se enfada por lo malo; el amor lo enciende con su llama y lo pacifica con su

puja si, pero no lo arrostra; es él quien dicta al poeta, estos acentos para su lira.

Tú cantarás las férvidas pasiones
Que sustenta el humano corazon,
La libertad del hombre y sus prisiones,
Su orgullo y su ambicion

Tú cantarás los bienes del amigo,
Y el intenso dolor de la horfandad;
É invocarás en nombre del mendigo,
La santa cariad.

Y arrullarás al párvulo inocente,
Y aliviarás al triste criminal;
Y nunca al mal serás indiferente
Del misero mortal.

No verás en los *libres* sino hermanos,
No quemarás inciensos al poder;
Y antes que sonreir á los tiranos,
¡Yo te sabré romper!

Sustituyan Vds., *hombres* allí donde dice *libres*, pues no vemos porque los esclavos, que tanta conmiseracion nos merecen, siendo que la esclavitud es una desdicha y no una culpa, dejarán de ser nuestros hermanos—y tendrán Vds. sentimientos nobles, espresados en formas selectas.

La venustidad de la forma, es una prenda con que sabe, cuando quiere, engalanarse el Sr.

Lapuente, si bien nunca la antepone al pensamiento, antes bien no es raro el caso de vérsela sacrificada; en esto participa el vate oriental de la opinion de Carrer, quien decia:

*Odio il verso che sazio l'orecchio
Ma digiun l'intelletto lasciò.*

La forma de las LAURINDAS se resiente bastante de la imitacion; están amoldadas sobre las DOLORAS lo que les quita ese tinte local que buscamos con afan en los poetas americanos, los que anhelamos ver do estriba su orijinalidad: las LAURINDAS, podrian muy bien haberse impreso en Madrid como producciones de un hijo de la villa coronada, que de seguro ningun honrado vecino de aquella, las hubiese desconocido por paisanas. Esta falta de colorido nacional es, para nosotros, el reproche mas grave que pueda hacerse á las LAURINDAS. Justo es, por lo demás, añadir que su modesto autor no abriga ninguna idea de orijinalidad, pues nos dice desde el principio que ellas *no son un nuevo género*, y que no se muestra tampoco ingrato para con su *maestro*—CAMPOAMOR—al que en la encomiástica composicion que le dedica, dice con entusiasmo:

....En esa patria gloriosa
De Cervantes y la Rosa,
De Quíntana y Calderon;
Como el rubicundo Apolo,
Brillas espléndido y solo
En la faz de tu creacion;

Que en la erótica poesía
Y en la íntima elegía,
Es tu génio sin rival;
Como Horacio eres lucido,
Como Virgilio fluido,
Y como Ovidio inmortal.

Ese calificativo de *inmortal* otorgado á Ovidio, con detrimento de Horacio y de Virgilio, poetas tan superiores bajo todos conceptos al bombástico y rastrero desterrado del Ponto, nos hace acordar que no es siempre feliz el señor Lapuente en las figuras retóricas, de modo que nos regala cándidamente la *tiniebla helada*, la *perfeccion immaculada*, el *hombre sobre humano*, la *falsa hipocresía* y esa imponderable *risa feroz del antro*, que nos trae á la memoria estos versos de Banville en sus admirables *Odes funambulesques*:

Jadis le bel Oscar, ce rival de Lauzun,
Du temps que son habit vert comme était dans un
Etat difficile á décrire,
Et qu'en fin ses souliers vainqueurs du pantalon,
Laisant á chaque pas des morceaux de talon,
Poussaient des grands éclats de rire; etc.

A página 46 confunde el autor al libre albedrio con la licencia, cuando hace decir al Cinismo:

Que la moral severa
Tenga sus dogmas,
Eso al libre albedrio
Poco le importa.

A veces cae en contradicciones, cuyo choque violento produce un efecto que no redundaría por cierto en beneficio para el poeta. Pongamos un ejemplo; leemos á páj. 79:

Yo tengo fé—yo espero otra existencia
Superior á esta vida transitoria,
Y mas digna tambien de nuestra esencia; etc.

y luego páj. 84—el mismo poeta. nos dice que su corazón.

Es ¡ay! un desierto en donde,
Todo se abisma en la nada,
• *Alfa y omega del hombre.*

y mas abajo—páj. 97:

....Esperanzas del mundo
Son esperanzas perdidas.

A veces hay nebulosidad en la expresion de las

ideas; *verbigratia*, refiriéndose el poeta á su corazón, dice que:

Ora es frio, ora ardiente, ora templado
Ora, al bien, ora al mal corre veloz;
*Siempre es libre en la vida—nunca siervo
Sino de la pasion.*

Y preguntamos nosotros, ¿qué es la vida sin la pasion? ¿No es aquí el caso de repetir con Guerrazzi: «La calma no es vida. Pasar de un trance para otro, agitarse sin cesar entre la algazara y el dolor; percutir y ser percutido; amar, odiar; ya ser ángel, ya demonio, y gusano y Dios... esto si que bien puede llamarse vida”

La composicion de la que extractamos los versos que acaban de leerse—EL CORAZON—recuerda con su exordio.

El corazon humano es un misterio.

à la sentida poesia del malogrado Doctor Chassaing, cuya muerte prematura hizo eclipsar del zenit americano, una de las estrellas que iban à hacerle mas resplandeciente, y que empieza asi;

“El corazon del hombre es su destino
“Y el corazon del hombre es un misterio”

En cierta ocasion se entrega el poeta á sus dorados ensueños entreteniéndose confidencialmente con su lira; entónces la modestia se *apreta el gorro* y el orgullo asoma su rostro ceñudo:

¡Oh! nunca, nunca el infernal destino,
Tus armoniosas cuerdas romperá;
Y tu conceso bienhechor, divino,
Por siempre vivirá.

Pero en donde el autor reconcentró por decirlo asi todos sus defectos poéticos, ha sido en la pieza titulada FELICIDAD. No podemos resistir, por mas que nos pese, á la invencible tentacion de reproducirla por entero.

Hela aqui:

FELICIDAD.

*La dicha que el hombre anhela
¿Dónde está?*

CAMPOAMOR.

Busqué la dicha en los polos
Del universo moral,
Y hallé en sus campos de nieve,
Desengaños — ¡nada mas!

Busqué en el término medio
La misma felicidad,
Y hallé en sus antros profundos.
Miserias, vicios y afan,

La busqué en el aislamiento,
La busqué en la sociedad,
La busqué sobre la tierra,
La busqué sobre la mar;

En la vida y en la muerte,
En el bien y hasta en el mal,
La busqué con ansia extrema
Sin poderla nunca hallar.

Hasta que una voz me dijo:
“Tente mísero mortal,
“La felicidad que buscas
“En este mundo no está!”

¿De dónde diablos han salido esos campos de nieve de los polos del universo moral? ¿Cómo se hace que habiendo buscado el poeta á la felicidad en la muerte, le queda bastante vida para espetarnos figuras tan estrambóticas? Y si esa bendita felicidad no se halla ni en los campos de nieve de los polos del universo moral, ni en el aislamiento, ni en la sociedad, ni sobre la tierra, ni sobre la mar, ni en la vida,

ni en la muerte ¿qué necesidad tenía el poeta de ir corriendo como un maniático hasta que una voz le dijera:

Ténte, mísero mortal,
La felicidad que buscas
En este mundo no está. . . . ?

En la LAURINDA, *La voluntad*, hay esta conclusión:

Todo lo vence el corazón templado
Que sonríe al furor de la tormenta;
Todo lo alcanza el héroe resignado
Que fía en Dios y en la esperanza alienta;
Luchando brazo á brazo con el hado
Su valor ejercita y acrecienta,
Y con la voluntad y el heroísmo,
¡Del imposible triunfa y del abismo!

El último verso de la composición que acaba de leerse no *afina* con lo que antecede; pues no es posible—lógicamente hablando—triunfar de lo imposible, que equivale á la nada—y no alcanzamos á comprender lo que significa *triunfar del abismo*; son, cuando menos, frases huecas, que, para ser, no diré aceptadas, sino toleradas, necesitan del escudo hechizado de la escolástica. Además el

verso á que aludimos denota una de las faltas artísticas en que cae nuestro autor, quien no es siempre feliz en el *final* de sus *piezas*:—escritores hay que reservan lo mejor para *postres*: el cantor de las LAURINDAS, procede de otra manera: pone en muestra desde el principio lo mejor de su surtido, de modo que acaba con llegar desprovisto al término del viaje, dejando así desagradablemente sorprendidos á sus *marchantes*, esto es á sus lectores, quienes se consideran víctimas de una mistificación injustificable.

La parte mas desagradable de nuestra penosa tarea ha concluido; hemos buscado minuciosamente los pecadillos de que adolecen las LAURINDAS y los hemos vuelto á sacar sin piedad á la luz del sol. Nuestro deber es ahora el de hacer notar las bellezas que engalanan á las composiciones poéticas del Señor Lapuente. Nuestra cosecha pudiera ser muy abundante, pero como no es posible citarlo y menos, pues, reproducirlo todo, sin exceder los límites angostos de un artículo bibliográfico, indicaremos lo mas saliente; el lector de buena voluntad tiene á su alcance un medio muy sencillo para saborear á sus anchas el perfume de sencillez atrayente que emana de las LAURINDAS:—adquirirlas y leerlas.

Recorrámoslas, pues, á vuelo de pájaro.

En la SENSITIVA se pinta con suma delicadeza el atractivo que encierra el pudor de esa humilde yerba que

Sobrecojida cual la jóven casta
Que sieñte amores por la vez primera,
Pliega sus hojas al contacto suave
De los objetos.

Hay en LOS TRES SUSPIROS, gracia en los pensamientos y una fluidez de forma que encanta y que es tanta parte de poesía; porque, en fin, dejando á un lado abstracciones y metafísicas de una estética extra-terrenal, si la versificación hermosa no constituye la poesía, que es sinónimo de creación, es cierto empero que es su invólucro indispensable y que la generalidad de los lectores pide al murmullo armonioso de los versos, una distracción pasajera de los cuidados y de los pesares, de la vida. Esa perfección de forma que admiramos en LOS TRES SUSPIROS, se nota también en la mayor parte de las LAURINDAS, y particularmente en el ARRULLO, LA SIERPE Y EL CONDOR, FLOR DE LA NADA; LA VOLUNTAD, EL LLANTO DE LA AURORA y A UNA JÓVEN, poesías todas en que la delicadeza ó la

profundidad de la idea hermanan felizmente con las gracias de un ritmo armonioso y que corroboran nuestro aserto de que el descuido de la forma no proviene de parte del Sr. Lapuente, de deficiencia de gusto, sino de la determinacion de sacrificar la forma á la idea.

Hemos citado entre las mejores LAURINDAS la que es dedicada A UNA JÓVEN; bastará reproducir á continuacion el bello exordio de esa poesia para justificar el aprecio que nos merece:

Hay una edad en la vida
De sonrisas y de amor;
Edad en que está escondida,
Toda la hiel que se anida
En el cáliz del dolor.

Edad de las ilusiones
Do no hay martirios ni afan,
Porque en nuestros corazones,
Las enérgicas pasiones
Adormecidas están.

Edad bella en la que gira
Libre la imaginacion,
Y al través del prisma, mira,
Con que la falaz mentira
Nos deslumbra la razon....

Tu serena frente, dora
La luz pura de esa edad,
En la que al alma enamora,
La vision encantadora
Que llaman felicidad.

El alma tierna y apasionada del cantor de las LAURINDAS se aviene con las flores y con la mujer, y toda vez que tiene que ver con esta ó con aquellas, sabe dar á su lira la suavidad y la acentuacion agraciada con que debe acercarse el hombre á creaciones tan delicadas. El conoce profundamente su mecanismo, y el lenguaje que les presta es el mas apropiado:—y sino, léase la patética composicion titulada: EL AMOR MATERNAL, que no tiene sino el defecto de *haber llegado tarde*, es decir, de haber pasado por un camino trillado ya por tantos poetas, pero que lo será aun por millares, pues hasta que haya una madre, habrá un poeta que la cante.

Si bien la Musa del Sr. Lapuente se place en vagar por los campos risueños de un sentimentalismo vago y patético, el idealismo de Schiller rarificado por Novalis—no por eso recela sumergirse en el piélago zozobroso de las discusiones filosóficas y políticas, y á veces,

arrojando con desden el laud, echa mano del clarin y entona el himno de guerra. No sabemos porqué no figuran en las LAURINDAS los cantos bélicos publicados en número considerable por el Sr. Lapuente, cuyo retrato queda de ese modo incompleto.

Por lo que hace á la política, no se muestra el autor muy satisfecho de la situacion de la República, segun se colije de LA NAVE DEL ESTADO:

Esa nave preciosa
Que llaman patria,
Va cargada de vicios
Y de ignorancia;
Pues las virtudes
Y la ciencia, en las garras
Del mal sucumben.

.....

De la igualdad proclaman
El dogma santo,
Y gigante es el rico
Y el pobre enano;
Y ante las leyes
La inocencia agoniza
Y el crimen vence.

Y cuando acaba de pasar en reseña, con rápida pero eficaz pincelada, los males que aquejan á su patria, presa de fariseos y de farsantes, esclama el bardo entristecido y meditabundo:

¡Ay de la nave,
Si de tantos escollos
No hay quien la salve!

LA NAVE DEL ESTADO es una de las mejores composiciones del volúmen que nos ocupa y que debiera ser reproducida por todos los periódicos de estas comarcas y comentada por todos los demócratas de convicción.

No es menos loable, bajo todo concepto, la poesía titulada LA RAZON; ella hace honor a quien la escribió y creemos que su reproducción será acogida con interés por nuestros lectores.

Dice así:

LA RAZON.

Sublime facultad, que al hombre elevas
Sobre todos los seres—Tú del alma
Eres el sol radiante—Con tu lumbré
El pensamiento humano, poderoso

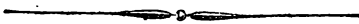
Del ser y del saber su sed apaga.
En vano la mentira perniciosa
Y el *falso error*, poblaron los espacios
De dudas y misterios, temerosos
De ver contigo la verdad triunfante.
En vano el fanatismo, su anatema
Fulminó contra tí, y los tiranos
De la conciencia, en vano pretendieron
Con el sarcasmo y el absurdo indignos
Quebrantar tu poder.—Nunca vencida,
Tú prodigas consuelos y esperanzas,
A la aflijida humanidad; y al crimen
Que entre sombras fatídicas se oculta,
Iluminas también, porque á los buenos
Visible quede su horrorosa estampa. . . .
Nada hay vedado para tí, en los tiempos
Ni en las cosas humanas ni divinas;
El hombre y Dios, el cielo y el abismo,
Ver y estudiar sin deslumbrarte puedes.
Ni el—*Crée ó muere*—ni el terrible infierno
Con que al pobre de espíritu amenaza
El fanatismo bárbaro, te arredra:
Tu fé, la ciencia y la verdad la encienden.
Aun manchan el celeste firmamento
Las nubes del error, mas tú combates
Contra los hijos de Satan, que ansian
Resucitar la *inquisicion* sangrienta.
Y cuando libre el universo sea
Del mal protervo y la falaz mentira,

El bien y la verdad por tí salvados.
Al Hacedor tributarán incienso.

Analizadas detenidamente las LAURINDAS quedamos para concluir, concretar en pocas palabras el juicio que tenemos formado acerca de ellas:—este juicio no puede menos de ser, en su totalidad, sino favorable al Sr. Lapuente. Este tiene, según lo reconoció en este mismo periódico, un crítico que habló de aquel con bastante severidad, *verdadera poesía en la forma y en la idea; naturalidad y elegancia en algunas de sus composiciones*. El número de composiciones que se engalan con estas prendas, es considerable, mucho más si atendemos á lo difícil que es concebir bella y verdadera poesía; los defectos que hemos apuntado á las LAURINDAS no son todos irremediabiles; la moral que de ellas se desprende, es sana; progresista, elevada y liberal, la direccion de las ideas. Nuestro poeta es jóven aun; anda tomando siempre mayor cariño á la lima, al paso que cura sanarse de la fiebre de la publicidad que le hizo antes tan fecundo con perjuicio grandisimo de su talento y de su fama. Noble es el concepto que él tiene formado del arte; sincero y desinteresado,

el culto que le profesá: permanézcale fiel y evite el escollo fatal del gongorismo y podrá ocupar un lugar distinguido entre los jóvenes literatos que con tanta inteligencia y entusiasmo, entretejen una brillante corona literaria para las sienas de las Repúblicas hermanas que reflejan sus risueños semblantes en las olas caudalosas y cristalinas del Plata.

Noviembre de 1865.



VI.

D. Heraclio C. Fajardo.

(Publicado en LA TRIBUNA de Buenos Aires).

Mi querido Laurindo:

Usted me honra en demasía pidiéndome mi opinion, á título de juicio crítico sobre el tomito de poesías que acaba de dar á la prensa bajo el rubro de LAURINDAS.

En las letras, vd. y yo representamos una sola y misma cosa: no pasamos de dos principiantes, dos *muchachos* aunque un poquito grandes.

Si la edad y la esperiencia establecen normalmente alguna diferencia en mi favor, está en vd. equilibrada con usura por su contraccion y su talento.

No será, pues, un temerario juicio crítico lo que me permitiré esplayar, accediendo á su benévola insinuacion; sino mis impresiones de amigo, de compañero de aficion y admirador de sus bellas cualidades intelectuales y morales.

Lo haré sí, con la lealtad é independencia que me son características y á que tanto mas me obliga el titulo de amigo que á vd. me une.

*
* *

Empezaré por reproducir algunas reflexiones que anteriormente he esplayado acerca de lo que entiendo por *literatura americana*, para que sirvan de premisa al análisis de su libro:

—¿Adonde están los elementos que puedan constituir una Literatura propia en el Rio de la Plata?—nos hemos preguntado sendas veces al oír encarecer la necesidad de fundar esa literatura.

La literatura debe ser la espresion de la sociedad: es un axioma universal. Ahora bien, ¿qué sociedad es la nuestra, y qué tipos orijinales nos presenta, para que podamos basar en ellos la orijinalidad de nuestra literatura?

Todo es servil imitación, todo es copia entre nosotros.

Si se esceptúa el *gaucho* y el indio pampa, todo lo demas está calcado en el modelo europeo. Y así debia suceder, porque la sangre europea circula en las arterias de los que nos

llamamos *americanos* siendo tan solo la prole mas ó menos inmediata de los usurpadores del nuevo continente.

Nuestras costumbres, nuestra historia, nuestra sociedad en suma, no son mas que un remedo muy imperfecto todavía de las costumbres, de la historia, de la sociedad de allende el oceano.—Adónde, pues, buscar las fuentes originales de una literatura propia?

Por lo demás, si hemos de espresar nuestra opinion particular, diremos que esto de *literaturas propias* nos parece un contrasentido. Creemos que toda literatura debe tener por fin fundamental *universalizar* los eternos principios de moral, de justicia y de libertad, que son unos en todas partes, así como el hombre moral y el hombre inteligente son también uno en los cuatro ángulos del globo; y que la única diferencia que puede haber entre una y otra literatura consiste solo en la forma y no en el fondo, en el colorido y no en la idea. La naturaleza física varia según los climas; pero en el orden moral no hay mas que una alta cumbre: el progreso; no hay mas que un sol: la equidad; una eterna aspiración: la libertad absoluta.

Así pues, las diferencias, esternas puramente, que pueden *nacionalizar* una literatura, importan muy poca cosa en su fondo que debe ser universal. Homero, Virgilio, Dante, Calderon, Shakespeare y Victor Hugo no han formado mas que una sola poesía en diversos idiomas: el colorido, la espresion es diferente; pero el alma, el ideal es el mismo.

A nuestro modo de ver, el problema tan decantado de la literatura americana, de la literatura *propia*, es una utopia irrealizable ó un abuso de palabras, y debe limitarse á esta exigencia: "Tengamos literatos que concurren con su grano de arena americana al grande y único monumento de la literatura universal."

* * *

En mi concepto, vd. trae hoy ese grano de arena al contingente literario de la América con sus hermosas LAURINDAS.

Me place este titulo. A los que le pidan la razon de él con filológica suficiencia ó irónica necedad, contésteles vd. lo que Campoamor decia de sus *Doloras*: que esa palabra no per-

tenece á ninguno de los tres reinos de la naturaleza, y menos que á otro, al *animal*.

Comprendiendo y practicando la verdad del axioma, aplicable sobre todo á la poesia,— *En la sobriedad está el gusto*,—vd. ha circunscrito su coleccion á treinta y nueve de las muchas composiciones que ha producido hasta la fecha. Ejemplo digno de ser imitado por los que, seducidos por la ilusion de que *cantidad* importa *cualidad* y por los halagos de un escésivo amor paterno, no saben sacrificar oportunamente los desfallecimientos del ingenio, los bastardos de la familia!

Esto no quiere decir que en ese ramo de flores cogidas del Helicon, vd. haya sido igualmente feliz en la eleccion de todas y cada una de ellas. Mas adelante lo veremos.

En su conjunto, las composiciones con que hoy concurre vd, al certámen de los poetas del Plata, me parecen corresponder por mas de un título á las condiciones del arte y á las actuales exigencias de la literatura americana.

Generalmente hablando, hay en ellas inspiracion, sentimiento y armonia; filosofia en el fondo y sencillez en la forma.

En la estructura de sus LAURINDAS parece vd. animado por el espíritu sintético, que es hoy una de las condiciones requeridas por la poesía lírica, y que en el Parnaso de nuestra lengua tiene tan bello modelo en las *Doloras* de Campoamor. La concreción del pensamiento es en poesía lo que en mineralogía el diamante. Campca además cierto enlace, cierta unidad filosófica, que dá á sus producciones la contestura de un *todo* que vd. llama su retrato.

Es su retrato en efecto: y yo, que le conozco intimamente, he podido confrontarlo con el modelo, y aplaudir la fidelidad de su imagen moral.

Ahora, permítame vd. que hable con los lectores de *La Tribuna*, á quienes me propongo hacer confidentes de esta carta; tal vez ellos la lean antes que vd.

La hora menos aparente para que una sociedad pueda gustar los dulces frutos del inge-

nio, los perfumes de la inteligencia, es aquella en que el olor de la polvora la embriaga.

Las delicadas emanaciones de la poesía, los efluvios del sentimiento, las vibraciones del arpa que no se inspira en el fuego de Tirtéo no penetran el corazón cuando este está abrazado por la ignición de la atmósfera política.

Y esta es la triste suerte que ha tocado á las LAURINDAS.

Sin embargo, días serenos vendrán en pos de la tormenta que hoy tolda nuestro cielo; y entonces, perfumando las brisas de la paz y del contento, nos será dado respirar con deleite la fragancia de esas flores.

Entre tanto, permítasele á uno de los que mas amor invierten en su cultivo, la satisfacción de saludarlas en el momento en que entreabren su corola.

* * *

Al frente de las LAURINDAS figura una breve composición asonantada bajo el título de MI SOMBRA. Soy, dice la sombra interpelada por el poeta,—

El yunque de los que vienen,
La gloria de los que van.

—Basta, al fin te reconozco.

—¿Quién soy pues?—LA ADVERSIDAD!

Como se vé, nuestro amigo empieza por pagar tributo á esa escuela lacrimosa que hace de la poesía una perpetua jeremiada. En nuestros comienzos, todos hemos pecado por ese lado con razon y sin ella. Pero este defecto de imitacion y aprendizaje está rescatado en la citada composición por el pensamiento que la domina, espresado concretamente en el epigrafe, y por la habilidad con que está manejado el asonante.

En la LAURINDA titulada EL CORAZON, es notable esta cuarteta:

No envejece jamas—Si un dia muere
Despedazado por algun dolor,
Lázaro y fénix á la vez, triunfante
Renace al nuevo sol.

La poesía á *Campoamor* es lindísima, como desde luego lo revela esta primera estrofa:

Hay en España poétas
Como en el cielo planetas,
Como perlas en el mar,

Como en la suerte mudanzas,
Como en la vida esperanzas
Por nacer y marchitar.

*
* *
*

En las composiciones que siguen, nótanse muy buenas condiciones de versificación, muchas bellezas de detalle, pero con algunas escepciones, muy poca novedad tanto en la forma como en el fondo.

Esta estrofa de la Laurinda A UNA MADRE, es de un perfume celestial:

Muerte que hiere á la infancia
No es muerte que inspira horror:
Hurta á una flor la fragancia
Para llevársela á Dios.

La octava con que termina LA VOLUNTAD revela con mucho brio el temple de alma del poeta y la fé que le anima en el alcance de la facultad mas poderosa que el Criador ha dado al hombre:

Todo lo vence el corazon templado
Que sonrie al furor de la tormenta;
Todo lo alcanza el héroe resignado
Que fia en Dios y en la esperanza alienta.
Luchando brazo á brazo con el hado
Su valor ejercita y acrecienta,
Y con la voluntad y el heroismo,

Es una lastima que Los TRES SUSPIROS, despues de tan bellas estrofas, terminen trivialmente, incurriendo en el defecto de Mi SOMBRA. Ademas, hay doble falsedad en el pensamiento final: pues no solo la historia y la biografia se encargan de cantar hasta los imaginarios dolores de los hijos de Apolo, sino que ellos mismos empiezan por legarlos á la posteridad en sus cantos, cuando sus cantos merecen pasar á la posteridad.

El soneto en que el autor de las LAURINDAS define al AMOR, tiene esta hermosa y valiente conclusion:

Es bálsamo y puñal de toda herida,
Es el afecto mas tirano y tierno,
Es el alma del ser en que se anida;

Es el don mas precioso del Eterno,
El jérmén fecundante de la vida,
El purgatorio, el cielo y el infierno!

VANA ESPERANZA es una feliz imitacion de Campoamor, como LA ORGIA revela el conocimiento apasionado de Espronceda.

Á UNA JÓVEN tiene bellísimas quintillas; sirvan de muestra estas dos:

Es mentira el desengaño
Y mentira es el sufrir;
Solo es verdad el engaño
Que te hace esperar cada año
Un dichoso porvenir.....

Queda en paz—y si en mis dones
Va la incertidumbre atroz,
Duda de tus ilusiones
Y duda de mis razones,
Pero no dudes de Dios.

FLOR DE LA NADA es una preciosa miniatura poética y la mas orijinal de las LAURINDAS— A LA QUE MIRAN MIS OJOS, una lindisima glosa del galante significado del heliótropo.

*
*

Pero tal vez lo mas notable del libro es el *soncto* á Dios, que por su belleza reproducimos integralmente:

Dios es el grande autor que de la nada
Formó el total que el universo encierra:
El cielo, el mar, la atmósfera y la tierra,
El sól ardiente y la tiniebla helada.

Dios es la perfeccion inmaculada,
El supremo saber que nunca yerfa,

La omnipotencia colosal que aterra,
El tiempo y la estension ilimitada.

La gradacion de seres y de esferas,
Que organizó para ensalzar su nombre,
De su existir son pruebas verdaderas,

La justicia inmortal es su renombre,
La verdad y la fé son sus lumbreras,
Su templo el mundo, su retrato el hombre!

Sin embargo, nos choca el verbo *aterrar* empleado en el séptimo verso, porque si no es un ripio, es una blasfemia. La omnipotencia de Dios no puede *aterrar* mas que al malvado.

Parécenos tambien que el último verso del soneto espresaria con mas prosódica propiedad la idea del poeta, sujetándolo á esta variante:

Su templo el mundo, *su creyente* el hombre!

*
* * *

Las ideas relijiosas del autor están contradictoriamente espresadas, ó mas bien dicho, progresivamente modificadas en las composiciones, TRIO DIVINO, EL AMOR MATERNAL y LA RAZON.

En la primera se revela el adolescente imbuido todavia por los principios de una educacion cató-

Quién en mis dogmas no crée,
Del mal eterno no salva,

En la segunda, ya es en boca de un segundo que pone el poeta estos conceptos:

Si sufres en la vida,
No te acobardes, *que sufrió Dios mismo.*

En la tercera, la convicción del hombre aparece madura ya, y el poeta apostrofa á la Razon con estos versos magníficos:

Nada hay vedado para tí en los tiempos
Ni en las cosas humanas ni divinas;
El hombre y Dios, el cielo y el abismo,
Ver y estudiar sin deslumbrarte puedes.
Ni el—*Crée ó muere*—ni el terrible infierno
Con que al pobre de espíritu amenaza
El fanatismo bárbaro, te arredra:
Tu fé, la ciencia y la verdad la encienden.
Aun manchan el celeste firmamento
Las nubes del error; mas tú combates
Contra los hijos de Satan, que ansían
Resucitar la *inquisicion* sangrienta;
Y cuando libre el universo sea
Del mal protervo y la falaz mentira,
El bien y la verdad, por tí salvados,
Al Hacedor tributarán incienso.

Vese, pues, que la Razon, esa Diosa triunfante y magestuosa de la filosofia moderna, que ha suprimido toda clase de intermediarios entre el hombre y su Hacedor, y concluirá por derribar los últimos altares de la última idolatría,—es la Deidad definitiva del culto viril del poeta.

* . *

Penetrando por un momento en los dominios de la politica,—por la que muestra sensible repugnancia, sin que esto escluya el patriotismo que ha sabido acreditar el autor de las REPUBLICANAS,—le vemos rozar irónicamente nuestras contradicciones democráticas en la composicion titulada LA NAVE DEL ESTADO, de la que son estas estrofas:

La libertad la guia
Y en sus antenas,
El pendon de los libres
Libre flaméa:—
Mas para el vicio
Libertad y licencia
Todo es lo mismo.

De la igualdad proclaman
El dogma santo
Y gigante es el rico
Y el pobre enano:—
Y ante las leyes
La inocencia agoniza
Y el crimen vence.

En este terreno, nuestro poeta nos hace su profesion de fé en esta preciosa quarteta á su *Lira*.

No verás en los libres sino hermanos,
No quemarás inciensos al poder;
Y antes que sonreir á los tiranos,
¡Yo te sabré romper!

Escederíamos las justas proporciones de tiempo y de espacio si siguiéramos una por una en el análisis de las composiciones que forman las LAURINDAS.

Omitimos, pues, de señalar otras bellezas y lunares del tomito, concretándonos á algunas observaciones generales.

Por lo demas, escusado es repetir que esto no tiene el carácter de un juicio crítico.

Aun cuando el jóven Lapuente no hubiera producido hásta ahora mas que ese pequeño volumen de poesías, creemos que con él tendría un titulo suficiente para émpezarse á contarle en el número de los poétas del Plata.

En esas composiciones hay algo mas que una buena versificacion: hay inspiracion, hay arte y sentimiento. En ellas el pensador robustece la constitucion del poeta, y el estudio la del númen.

Pero el señor Lapuente ha dado á luz muchas

otras que le han granjeado la estimacion de los que han seguido las muestras de su aplicacion y sus progresos literarios, labrándole un principio de reputacion que no ha hecho mas que consagrar con sus LAURINDAS.

Es lástima que no figuren en estas muchas de las composiciones que mas éco han hecho en la prensa periódica; y que el autor, en vez de hacer una única seleccion de todas sus producciones hasta la fecha, haya hecho varias subdivisiones ó colecciones distintas, como lo indica el título especial de LAURINDAS que lleva el tomito publicado.

Sin embargo, lo aplazado no es perdido; y mas tarde tal vez veremos en un segundo tomo las composiciones cuya ausencia lamentamos.

Hay entre ellas una que conmovió á cuantos la leyeron, y que bastaría para hacer la reputacion poética de su autor. Es la que le inspiró la prematura pérdida de aquella joya de la sociedad porteña llamada *Hercilia Otamendi*.

No podemos resistirnos á transcribir algunos versos de esa preciosa composicion:

Cual funeraria nube
Que á la region del firmamento sube
Y el sol anubla y oscurece el dia,

Así la muerte umbría
Nubló con su ala oscura
El deslumbrante sol de tu hermosura !
Y cual al soplo rudo
Del huracan sañudo
Tronchadas mueren del pensil las flores,
Así al soplo violento
Y á los ciegos furoros
De la muerte aterida,
Esparcieron sus hojas por el viento
Las perfumadas flores de tu vida !

Por lo demas, las LAURINDAS, aisladamente consideradas, son suficientes en nuestro concepto para dar á su autor carta de ciudadanía en la República de las letras.

Lo repetimos por conclusion :

En el conjunto de esas producciones, vibran latentes las fibrás de la poesia bien entendida, aparte ciertos desmayos en que es difícil no incurrir.

El hombre, la sociedad, las aspiraciones humanas hácia el perfeccionamiento moral, son el tema del arte moderno. El poeta que se cierna por las regiones abstractas de lo ideal, sin rozar con sus alas las cosas de la tierra, —sin derramar sobre

todas las heridas un bálsamo saludable, y sin llevar en su mano la antorcha del progreso *ante los pasos de la humana grey*,—será un anacronismo en nuestros días, y aspirará inutilmente á ornar su frente de laurel.

Laurindo Lapuente dá pruebas de comprender la verdadera mision del poeta en los tiempos que alcanzamos.

Siga en la senda gloriosa que le abren sus I.AURINDAS, con la fé en el porvenir y el amor al estudio que ha acreditado honrosamente, y la patria de Berro y Figueroa se enorgullecerá mañana de inscribir un nombre mas en el libro de oro de sus hijos.

HERACLIO C. FAJARDO

Junio de 1865.

LAURINDAS

I

DIOS.

*Dios es la luz, Dios es
la inteligencia:*

ZORRILLA.

Dios es el grande autor que de la nada,
Formó el total que el universo encierra;
El cielo, el mar, la atmósfera y la tierra,
El sol ardiente y la tiniebla helada.

Dios es la perfeccion inmaculada,
El supremo saber que nunca yerra,
La omnipotencia colosal que aterra,
El tiempo y la estension ilimitada.

La gradacion de seres y de esferas,
Que organizó para ensalzar su nombre;
De su existir son pruebas verdaderas;

La justicia Inmortal es su renombre,
La verdad y la fé son sus lumbreras,
Su templo el mundo, su retrato el hombre!

II

MI SOMBRA.

*«La adversidad forma
las grandes almas!»*

—¿Quien eres sombra que siempre
En pos de mis pasos vas?

—Ignora mas bien mi nombre
Porque mi nombre es fatal.

—¿Fatal y sigues mis huellas
Desde mi primera edad?

¿Quien eres fúnebre sombra?

¿Quien eres gevio infernal?

—La que dió á tus ojos llanto
Y á tu espíritu ansiedad,

La que formó entre amarguras
Tu alma enérgica y audaz;

La madre de los que saben
Resignados esperar,

El yunque de los que vienen,

La gloria de los que van....

Todo esto soy y no obstante

El mundo me quiere mal,

Y me llama con espanto
La funesta adversidad !....
—Cual herido por un rayo .
Me estremeci al escuchar,
Esa tremenda palabra
Que aterra la humanidad.
Pero volviendo á mi pecho
La despavorida paz,
Dije al genio misterioso
«No me abandones jamas!»
Y tan estrecho es el vinculo
De nuestra santa amistad,
Que adonde mis pasos guió
La sombra conmigo va!

—

III

CAMPOAMOR.

Hay en España poétas
Como en el cielo planetas,
Como perlas el mar;
Como en la suerte mudanzas,
Como en la vida esperanzas
Por nacer y marchitar.

Y en esa patria gloriosa
De Cervantes, de la Rosa,
De Quintana y Calderon;
Como el rubicundo Apolo,
Brillas espléndido y solo
En la faz de tu creacion.

Que en la erótica poesía
Y en la íntima elegía,
Es tu ingenio sin rival;
Como Horacio eres lucido,
Como Virgilio fluido,
Y como ambos inmortal.

Tus canciones son suspiros,
Y tus estrofas zafiros,
En belleza y esplendor;
Tu pensar filosofía,
Tu sentir melancolia,
Y tu maestro el—dolor.

Cantas la luz y las flores
Y los plácidos amores,
Y las galas del eden;
Los mares, rios y fuentes,
Los volcanes, los torrentes
Y las pasiones tambien.

Muestras del mártir la palma,
Hieres las fibras del alma,
Iluminas la razon;
Produces bellos sonidos,
Electrizas los sentidos,
Trasportas á otra region.

Y en armonías divinas,
Con los encantos fascinas
Del amor y la virtud;
Y con tus *Doloras* lindas,
El autor de las *Laurindas*,
Templa y pulsa su laud.

Canta, poeta sublime,
Porque el dolor que me oprime
Se exhale con tu dolor;
Canta, profeta inspirado,
Canta, cisne coronado,
Canta, inmortal rui señor!

IV

FLOR DE LA NADA.

Nada, es palabra vacía:
Es la fatal negación
Que trueca en ceniza fría,
Cuanto vé la fantasía,
Cuanto adora el corazón!

Todo, es nada, en la balanza
Del desengaño traidor:
Nada es, el bien que se alcanza;
Nada, la fé y la esperanza;
Nada, el odio y el amor!

Nada, es todo, en mi favor:
La nada en que me confundo
Es elemento creador;—
Dios, de la nada hizo el mundo;
Yo, de la nada esta flor.

V.

EL CORAZON.

El corazon humano es un misterio,
Que á comprender no alcanza la razon;
Fuente de eterno afan, antro sublime
De placer y dolor.

Ora es frio, ora ardiente, ora templado;
Ora al bien, ora al mal corre veloz;
Siempre es libre en la vida, nunca es siervo
Sino de la pasion.

Corcel brioso de tremendo empuje,
Atropella imposibles con ardor;
Sin que pueda bastar á contenerlo,
La ilustrada razon.

No envejece jamas: si un dia muere
Despedazado por algun dolor,
Lázaro y fenix á la vez, triunfante
Renace al nuevo sol.

Abismo de pasiones indomables,
Volcan de odio, océano de amor;
Laberinto de dudas y esperanzas
¿Solo es el corazon?....

El corazon humano es un misterio,
Que á comprender no alcanza la razon;
La ciencia es impotente, conocerlo,
Solo le es dado á Dios !

—

VI.

LA ILUSION Y EL DESENGAÑO

*a.....Qué fuera
Sino llorara el hombre!*

M. DE LA ROSA.

I

«Flor que tengo entre mis manos
«Manos donde solo hay hielo,
«Hielo capaz de extinguir
«El mas volcánico fuego.

«¿Porqué has venido á buscar
«La muerte en mi triste seno,
«En vez de buscar la vida
«En un corazon risueño?

«¿Qué hado fatal te presenta
«Para evocar mis recuerdos,
«Flores como tú, perdidas
«En la noche de los tiempos?

«¿Qué casualidad funesta,
«O que espíritu maléfico,
«Me manda en tí la ironía
«De mis crueles sufrimientos?

«¡Flor desdichada, en mis manos
«Vas á morir sin remedio,
«Como en las manos del mundo
«Mis ilusiones murieron!....

II

Dijo á la flor peregrina
Con melancólico acento,
El infeliz desengaño
A las ilusiones muerto.

Y la flor era incolora,
Y eran plegados sus pétalos,
Y era marchita y sin vida
Como el mortal desaliento.

El desengaño al mirarla
Exhaló del hondo pecho,
Un hálito comprimido
Como el suspiro postrero.

Y deshojando la flor
Entre sus glaciales dedos,
Arrojó sus febles hojas
Sobre las alas del viento!

Y el amargo desengaño
Virtió lágrimas de fuego,
Al recordar que en el mundo
Sus ilusiones murieron!

VII.

AMAR SIN ESPERANZA.

Amar sin esperanza es vano anhelo.
Que abriga el erotismo sin ventura;
Soledad en la tierra y en el cielo,
Abismo de amargura.

Amar sin esperanza, es la agonía
Del corazón rendido al sufrimiento,
Aislado amor, es luz sin alegría,
Gigante sin aliento.

Amar sin esperanza, es un martirio
Que la palabra á describir no alcanza;
Es ansiedad, es fiebre y es delirio,
¡Amar sin esperanzal

VIII.

LA SENSITIVA.

Menos gallarda pero mas sensible
Que la azucena, el tulipan y el mirto,
En las ágrestes soledades mora,
La Sensitiva.

Humilde yerba la desprecia el vulgo,
Ni aromas tiene ni agradable aspecto;
Al corazón, con sus virtudes habla,
No á los sentidos.

Solo el ambiente fugitivo, á veces
Deja el pensil y á su morada vuela,
Y enamorado, en su corola imprime
Ósculos tiernos.

Sobrecogida cual la jóven casta
Que siente amores por la vez primera,
Pliega sus hojas al contacto suave
De los objetos.

¡Cuanto atractivo su pudor encierra!
¡Cuanto respeto su virtud infunde!
¡Cuanto, cariño su inocencia pura
Al alma inspira!

Símbolo bello del querub que adoro,
Amable y tierna Sensitiva hermosa,
Por que los hombres tus virtudes amen,
Yo te las canto.

IX.

LA NAVE DEL ESTADO

I.

El Estado es la nave
Que á toda vela,
Por el mar de las iras
Rauda navega;—
¡Ay de la nave,
Si de tantos escollos
No hay quien la salve!

II.

Esa nave preciosa
Que llaman patria,
Va cargada de vicios
Y de ignorancia;—
Pues las virtudes
Y la ciencia, en las garras
Del mal sucumben.

III

La libertad la guia
Y en sus entenas,
El perdon de los libres
Libre flaméa;—
Mas para el vicio,
Libertad y licencia
Todo es lo mismo.

IV.

De la igualdad proclaman
El dogma santo,
Y gigante es el rico
Y el pobre enano;—
Y ante las leyes,
La inocencia agoniza
Y el crimen vence.

v.

Que la union es la fuerza
Gritan los nautas
Y á la discordia juran
Tener ahogada;—
Mas derepente,
El bien estar se trueca
En guerra á muerte.

VI.

El Estado es la nave
Que á toda vela,
Por el mar de las iras
Rauda navega;—
¡Ay de la nave,
Si de tantos escollos
No hay quien la salve!

X.

A M O R

Amor es el mas grande sentimiento,
De los que abriga el corazon humano;
Serena fuente y bramador oceano,
De olas de afan y espumas de ardimiento.

Amor es la pasion de mas aliento,
Que á Dios levanta el vuelo soberano;
El poder que hace al hombre sobrehumano,
El bien y el mal, la luz del pensamiento.

Es bálsamo y puñal de toda herida,
Es el afecto mas tirano y tierno,
Es el alma del ser en que se anida:

Es el don mas precioso del eterno,
El jérmen fecundante de la vida,
El purgatorio, el cielo y el infierno!

—

XI.

EL ANÓNIMO

Conjunto es la sociedad
De miserias y de lodo,
Donde se huelgan los necios
Y se asfixian los filósofos.
Y cual pululan enjambres
De gusanos asquerosos,
En la osamenta corrupta
Espuesta al sol ardoroso;
Así surgen y hormigean
De la sociedad en torno,
Una estúpida caterva
De farsantes y de locos;

Seres abyectos que viven
Con la libertad del potro,
Mordiendo, tirando coces
Y relinchando á su antojo:
Vampiros que se alimentan
De la deshonra y del dolo,
Rastreros como las sierpes
Feroces como los ogros!....
A este gremio pertenecen
Los bípedos ponzoñosos,
Que suelen lanzar venablos
Por medio de los periódicos,
Ocultándose cobardes
Bajo el velo del anónimo,
Por temor de que sin máscara
Los escupan en el rostro.

— —

XII.

LA VOLUNTAD

I.

Ha dado Dios al hombre
Para que siempre venza, .
De los terribles males
Que abundan en la tierra;

La fuerza irresistible
De una firme potencia,
El ariete del alma
La VOLUNTAD suprema.

II.

EL INFORTUNIO.

A doquier que tus pasos encamines,
Mi constante furor te seguirá.

EL HÉROE.

Aunque mil rayos contra mí fulmines
De tus iras mi audacia burlará.

LA POBREZA.

La pobreza de Aman y el hambre impía,
El fuego extinguirán de tu existir.

EL HÉROE.

Trabajaré incesante noche y día,
Y pan y techo lograré adquirir.

EL IMPOSIBLE.

Yo alzaré un muro porque en él se estrellen,
Tu valor, tu energía y tu ansiedad.

EL HÉROE.

Derribado será cuando atropellen,
Mi constancia, mi fé, mi voluntad.

III.

Todo lo vence el corazon templado
Que sonrie al furor de la tormenta,
Todo lo alcanza el héroe resignado
Que fia en Dios y en la esperanza alienta;
Luchando brazo á brazo con el hado
Su valor ejercita y acrecienta,
Y con la voluntad y el heroismo,
¡ Del imposible triunfa y del abismo !

— —

XIII.

A UNA MADRE

Muerte que hiere á la infancia
No es muerte que inspira horror;
Hurta á una flor la fragancia,
Para llevársela á Dios.

No llores, madre, la ausencia
Del objeto de tu amor;
La cuna de la inocencia,
Está en los brazos de Dios.

Enjuga tu triste llanto,
Calma tu acerbo dolor;
Que María es el encanto
De los ángeles de Dios.

—

XIV.

LÁ MODA

Es la Moda una deidad
Tan inconstante y tan loca,
Que del pobre ser humano
Hace cuanto se le antoja.

Coqueta, frivola y vana,
Ya inmoral ya pudorosa,
Ambos sexos y ambos mundos
Con sus remilgos trastorna.

Ora nos muestra sus gracias,
Ora las oculta todas,
Ora es la Venus desnuda,
Ora recatada hipócrita !

Ciegos los hombres la siguen
Y el bello sexo la adora,
Y el lujo y la vanidad
Le tejen áureas coronas.

Cuenta tirana mas victimas
Que la viruela y el cólera,
Pues los que aman sus caprichos
Le sacrifican su honra.

Huyendo de la miseria
A la fortuna enamora,
Y trueca sus zarandajas
Por francos, libras y onzas.

Y si el vicio la proclama
Y la corrupcion la invoca,
Es porque nunca en el mundo
La virtud estuvo en moda !

XV.

LA MARIPOSA Y LA LLAMA

«Tú eres la Mariposa
Con alas de oro,
Que giras al impulso
De tus antojos;
Y yo, la Llama,
Constante y ardorosa
Como mis ansias!»

«Caprichosa y voluble
Los aires hiendes,
Libando las esencias
De los edenes;
Y suspendida
En la region celeste,
De mi te olvidas.»

«Resignado te espero
Viagera ingrata,
Vaiven de mi fortuna
Amor con alas;
Y cuando vuelves,
Mi agonizante fuego
De nuevo enciendes»

El sufrir como todo
Tiene sus límites,
Y el amante indignado
Castiga el crimen;
¡Ay del que peca,
Porque tarde ó temprano
Amor se vengal....

Del corazón amante
La intensa pena,
Creció, como en los campos
La mala yerba;
Y el sufrimiento,
Convirtió la áurea Llama
En flor de fuego!

La frágil Mariposa
Vagando incierta,
Cual vaga el pensamiento
De la coqueta;
La flor estraña
Coronó, y en sus pétalos
Quedó abrasada!

XVI

A LA HOJA DE UN ALBUM.

Hoja predestinada
A ser por mi dolor emponzoñada;
Dile á tu dueña hermosa,
A la que el mundo engañoso fascina,
Que el porvenir de rosa
Que en sus dorados sueños imagina,
Ló mire retratado
En el oasis helado
Del tiempo que pasó; y que abra el seno
Para colmarlo de letal veneno,
Porque el bien á que aspira
Es el disfraz traidor de la mentira!
Si esta verdad la enoja,
Dile purísima hoja
Que te arranque del album y á los vientos
Arroje tus fragmentos;
Que así la flor de mi ilusión querida,
Marchita y deshojada,
Vuela desconocida
¡Por las yertas regiones de la nada!

XVII

A L A B R I S A

Hálito suave de la blanca aurora,
Blando respiro de la noche umbría,
Sífide pura de invisibles alas,
Brisa divina.

Tú que impregnada de embriagante aroma
Plácida surcas el espacio inmenso,
Como revuela en la region del éter,
Mi pensamiento.

Ven, y en tus alas al querub que adoro
A la que nunca conoció el olvido,
Llévale en prenda de mi amor eterno
Este suspiro.

Y cuando el llanto de sus ojos brote
Al fuerte impulso del amor sublime,
Y cuando el genio del dolor la hiera,
Haz que lo aspire.

Y torna, o h Brisa, con el soplo ardiente
Que exhale su alma enamorada y pura,
Porque su aliento bienhechor y amante,
Valor me infunda.

Y cuando el ángel del placer nos úna,
Y nuestras almas las corone el cielo;
Cuenta la historia del amor mas grande,
Al universo!

—

XVIII.

LA ORGIA

I.

Lujoso y espléndido,
Se ostenta un salon;
En medio una mesa,
Y de ella en redor,
Los hijos malvados
De la corrupcion.

Mugeres impávidas
Burlando al pudor,
Varones cubiertos
De oprobio y baldon
Escena de crimen,
Conjunto de horror !

II

EL CINISMO.

Que la moral severa
Tenga sus dogmas,
Eso al hombre de mundo
Poco le importa.

LA LUJURIA.

Si un serrallo tuviese
Con mil sultanas,
Las mil no saciarían
Todas mis ansias.

LA EMBRIAGUEZ.

El amor sin el vino,
Es amor yerto;
¡ Bebed, porque os abrase
Amor de fuego !

III.

En riñas y escándalos
Y danzas y alcohol,
Y torpes placeres
De impúdico amor,
Volaron las horas,
Y el fúnebre manto la noche plegó.

Brilló la luz fúlgida
Del nuevo arrebol,
Y al ver los efectos
Del mal destructor,
Los cielos lloraron,
Y el antro dió al mundo su risa feroz !

— —

XIX

EL PORVENIR

¿Existe el porvenir que el alma humana
Desde el origen de su ser, presiente,
Angel de salvacion, sol refulgente
Que del misterio surgirá mañana ?

¿O es el futuro una esperanza vana,
Seductora ilusion de nuestra mente,
Mentira que ama el corazon ardiente,
Astro sin luz de la region mundana ?

Yo tengo fé, yo espero otra existencia
Superior á esta vida transitoria,
Y mas digna tambien de nuestra esencia;

Eden de la virtud, mundo de gloria
Donde á los buenos da la Providencia,
¡El laurel inmortal de la victoria !

XX

HISTORIA DE UN PENSAMIENTO

EN UN ALBUM.

En un pensil hermoso
Coronado de flores,
Deliciosa morada
De los dulces amores;—
Nació de luz sediento,
Un misterioso y bello pensamiento.

Las humildes violetas
Mil halagos le hicieron,
Pero las rosas vanas
Con desdenes lo hirieron;—
Y fué el primer tormento,
Que sufrió el inocente pensamiento!

Cuando llegó la brisa
Suspirando amorosa
Porque aromas le dieran
El jazmin y la rosa;—
Lo contempló un momento,
Y prendáda quedó del pensamiento.

Pero la brisa que hace
De su inconstancia alarde,

Se olvidó del cuitado,
A la siguiente tarde;—
Y en cruel abatimiento,
Murió de amor el triste pensamiento !

Que la flor que ahora nace
Aquí para mi gloria,
No sea infortunada
Cual la flor de esa historia;—
Que viva con tu aliento,
Inmortal y feliz mi pensamiento.

—

XXI

LA IGNORANCIA Y LA CIENCIA

I.

La CIENCIA resplandeciente
Se encontró con la IGNORANCIA,
Y del bien en consonancia,
Bañó de lumbré su frente.

Herida la terca diosa
En lo mas hondo del pecho,
Protestó contra el derecho
De la ciencia luminosa.

Y trajo esta competencia,
La natural discordancia;
Porque el pro de la ignorancia
Es el contra de la ciencia.

II.

—Mucha es pardiez tu arrogancia.

—Mayor es tu impertinencia.

--¡ Paso ! que soy la IGNORANCIA.

—¡ Atras ! porque soy la CIENCIA.

—CIENCIA es vanidad humana.

—IGNORANCIA es vil tributo.

—El sabio en vano se afana.

—En vano, se afana el bruto.

—La CIENCIA hastía y dá enojos.

—La IGNORANCIA engendra necios.

—El sabio recoge abrojos.

—El ignorante, desprecios.

—La CIENCIA es altiva y loca

—La IGNORANCIA audaz y ciega.

—El sabio al cielo no toca.

—El necio, al suelo no llega.

- Mucha es pardiez, tu arrogancia.
- Mayor es tu impertinencia.
- ¡ Paso ! que soy la IGNORANCIA.
- ¡ Atras ! porque soy la CIENCIA.

III.

Dice el vulgo que la CIENCIA
Rasgando el velo á la duda,
Muestra la verdad desnuda.
Del alma humana en presencia.

Y que es triste desengaño
Que deja al hombre perplejo;
Mirarse en el cruel espejo
Que mata al benigno engaño.

Pero la sabia esperiencia,
Prueba en toda circunstancia;
Que el error—es la IGNORANCIA,
Y la verdad—es la CIENCIA.

XXII

LAS ILUSIONES

Locos delirios de la mente humana
Las ilusiones de la vida son ;
Mágicos ecos que en el éter vagan,
Risas que mueren al primer dolor !

Bienes supremos que ambiciona el alma,
Silfides y hadas que nos miente amor ;
Vanos castillos que derrumba el aura,
Vagos fantasmas que disipa el sol !

Dulces mentiras que con arte engañan,
Hijas falaces del falaz error ;
Flores que esparce la existencia vana,
Flores que arrasa la tremenda hoz !

—

XXIII

LAS DOS CORONAS

Los ángeles del eden
Que entre las flores habitan,
Flores que ocultan al verlos
Sus mas pequeñas espinas;

Dieron á elejir al genio
De la hermosa poesía,
La que á la luz de sus ojos
Pareciera mas divina.

Hubo rosas y jazmines,
Magnolias y clavellinas,
Camelias y tulipanes,
Violetas y siemprevivas.

Estas, humildes y tiernas;
Aquellas, vanas y altivas;
Unas hijas de la aurora,
Y otras de la noche umbria.

Brotó en los labios del genio
Una hechicera sonrisa,
Al mirarse circundado
De flores tan esquisitas:

Y apartando del conjunto
A la rosa con espinas,
Elijio la que es el simbolo
Mas perfecto de la vida.

¡ Que no hay placer en el mundo
Al que el dolor no persiga,
Ni felicidad humana
Que no nazca entre desdichas !

Y, desde entonces ostenta
La gloriosa poesía,
Una corona de flores
Y otra corona de espinas.

— —

XXIV

. ARRULLO

Una digna madre
Angel de bondad,
Arrullaba á un niño
Con este cantar:
«Duerme, mi tesoro,
Duerme, que aquí está,
Meciendo tu cuna
Mi amor maternal.»

«La vida es el golfo
Del bien y del mal,
Do hay luz y tinieblas
Calma y tempestad...
Duerme descuidado
Que al timon está,
Quien la nave guía
Al puerto de paz

«Si tus ojos lloran,
Yo sabré calmar
Tu inocente llanto,
Con mi tierno afán....
Duerme niño hermoso
Que hay en Dios piedad,
Y los que aquí sufren
Gozan mas allá.»

«Es el hombre un miembro
De la sociedad,
Que el vaiven del mundo
Sigue á su pesar....
Duerme, que mañana,
Tal vez no estará
Velando tu sueño
Mi amor maternal.»

.....
Llegó á la inocencia
El sueño fugaz,
Trayendo en sus alas
Sopor celestial;
Inmóvil y atenta
La madre allí está,

Y el lecho circundan
El bien y la paz.

.....

¡ Oh dicha envidiable
Para la horfandad,
No hay madre que meza
Su cuna fatal,
Su arrullo es el eco
Del rudo huracan,
Su amparo es el angel
De la caridad !

XXV.

LAS PASIONES

Cual ronca tempestad que en noche umbria
Se desata con impetu violento,
Tronando en alas del furioso viento,
Terribles rayos fulminando impia ;

Asi estalla tremendo y á porfia
De las pasiones el furor ardiente,
Erizando hasta el mismo firmamento
Las locas ondas de su mar bravia.

Y cual bajel que sin timon navega,
Y á la merced del vendabal se entrega
Hasta que al fin lo traga el oceano ;

Asi, cediendo á irresistible empuje,
Triste juguete de la mar que ruje,
¡ Tambien se abisma el corazon humano !

XXVI

HERACLIO C. FAJARDO

Cual se anuncia la muerte de un cualquiera,
En la prensa la tuya está anunciada;
Y un anatema mi amistad sincera,
Lanza á la indiferencia desalmada.

Si fueras un Cain ó un Iscariote,
De los que en torno de la patria anidan;
Apoteosis sublime, heroico mote,
Hicieran en tu honor los que te olvidan.

Si adulator servil del caudillaje,
O explotador infame del Estado;
Hubiérate rendido su homenaje,
El crimen á las cumbres elevado.

Si soldado sin honra de la alianza,
O apóstol de la guerra y la conquista;
Tributárante gloria y alabanza,
El gobierno, la prensa y el artista !

Pero eras un poeta independiente,
Un ciudadano liberal y honrado:
Y tu muerte es al mundo indiferente,
Porque á quien ama el mundo, es al malvado!....

Busca otra esfera de mejor ambiente,
Vuela al cenit, asciende al Infinito;
Que vale mas morir para el presente,
Que vivir en la patria—y ser proscrito !

Enero de 1868.

XXVII

LA TEMPESTAD Y LA CALMA

I

Al rónico son del trueno,
La tierra se estremece
Y el azul firmamento se oscurece...
Se agita el mar sublime y tempestuoso,

Y del profundo seno
Inflamado, terrible y pavoroso,
Vomita hirviente espuma.
Esparce el huracan la espesa bruma;
Huyen sin voz las temblorosas aves;
Crujen las fuertes naves,
Y las olas del mar, embravecidas
Como sierpes heridas,
Impetuosas y altivas se levantan;
Se revuelven, se chocan, se atropellan,
Y en las rocas se estrellan,
Do sus ciegos furoros se quebrantan!

II

Pliega sus raudas alas
El aquilon tonante,
Calma su ardor el trueno altisonante
Y el cielo ostenta sus divinas galas.
Naturaleza hermosa
Con tierno afan é irresistible encanto,
Estiende magestuosa
Sobre el haz de la tierra el regio manto.
Los serenos y plácidos ambientes
De aromas impregnados,
Coronan los pensiles; las corrientes
Murmuran sus amores;

El grato son del órgano resuena,
Y el terso espejo de la mar serena
Tanta verdad inspira,
¡Que el padre de la luz en él se mira!

III

Así mi dueño amado,
Querub de mis anhelos,
A la paz y al amor arrebatado
Por el poder violento de los celos,
Tempestuoso se agita;
Y su ira y su desden y su arrogancia
Y el furor que lo irrita,
Se estrellan en mi fé y en mi constancia.
Pero al fin el volcán de sus enojos
Da el último respiro,
Y en el límpido espejo de sus ojos
Do se retrata su alma,
El nuevo sol de la esperanza miro—
¡Cuanta crueldad en el destino hubiera,
Si el hombre no supiera,
Que tras la tempestad viene la calma!

XXVIII

LA NAVE DEL AMOR

Fastidiado el dios Amor
De andar por el mundo á ciegas
De sus ojos centellantes
Arrancó la oscura venda;
Y afanoso proyectando
Nuevos percances y empresas,
De la mar de las pasiones
Se detuvo en la ribera.
Con su hueca aljaba de oro
Fabricó una caravela,
Con su venda hizo el velámen
Con sus dardos las antenas;
Y cual cisne que á merced
De la corriente se entrega,
Echó á nadar en las ondas
Su esquite de alas de seda.
Desde entonces el Amor
A todos rumbos navega,
Por el mar de las pasiones
Viento en popa á toda vela.

XXIX

A LA QUE MIRAN MIS OJOS

Tú eres el sol refulgente
Y yo el pálido eliotropio,
Que entre risas y entre llantos
Vivo y muero á tus antejos.

Cuando irradas en el cielo
De mis ilusiones de oro,
Abro los ojos del alma
Para contemplarte absorto.

Cuando cruzas los espacios
Voy de ti girando en torno,
Pues como en todo reflejas
Yo tengo celos de todo.

Cuando tu lumbre divina
Vela el capuz tenebroso,
Por el pesar doblegado
Entre tinieblas me escondo.

Y siempre amante te espero
Por que eres el bien que adoro,
Y porque si hora te eclipsas
Brillas despues mas hermoso.

Y porque te amo circundo
De mis perfumes tu trono,
Y porque eres luz de mi alma
Solo á tí miran mis ojos.

—

XXX

LA SIERPE Y EL CÓNDOR

I

En la cumbre del Andes gigantesco
Fundó su trono hermoso,
Un Cóndor magestuoso.
Con semblante burlesco
Una Sierpe traidora lo miraba,
Y mientras él absorto contemplaba
El desierto, la luz y el horizonte;
Ella oculta, de un monte
En la enramada umbría,
Imaginaba inquieta
Con ansiedad impia,
Como clavar al Cóndor la saeta.

II

A fuerza de arrastrarse
La astuta Sierpe, consiguió elevarse
A la regia morada
Del Cóndor que en las nubes se cernía;
Y al crimen preparada
Y lanzando silbidos de alegría,
Esperaba el momento
En el que el rey del viento
Se entregara al reposo,
Para clavarle el dardo venenoso;
Y al que encumbró la suerte,
Darle traidora, inevitable muerte.

III

Pero el ave gigante
Con su mirada altiva y penetrante,
Columbró desde el cielo
Al reptil que serpeaba por el suelo;
Y rauda descendiendo
Como flecha sobre él, lo asió violenta;
Y los aires hendiendo
De justicia sedienta,

Se remontó á la altura
Y lo lanzó sobre la roca dura . . .
Era el Cóndor, el génio prepotente;
La envidia, la Serpiente!

— —

XXXI

CELOS

¿Cómo no he de celarte
Angel de los amores que atesoro,
Si vivo para amarte,
Si eres el bien que con el alma adoro?

Tengo celos, bien mio,
Del jazmin que fallece entre tu seno;
Del rayo del estío,
Y del grato rumor del mar sereno.

Del cristal do te miras
Y del musgo que huellas con la planta,
Del ambiente que aspiras,
Y del amante ruiseñor que canta.

De todo tengo celos: .
De la voz amistosa que te nombra,
De la tierra y los cielos,
Del aire, de la luz y de mi sombra,

¿ Cómo no he de celarte
Angel de los amores que atesoro, .
Si vivo para amarte,
Si eres el bien que con el alma adoro?

XXXII

LA RAZÓN

Sublime facultad, que al hombre elevas
Sobre todos los seres—Tú del alma
Eres el sol radiante—Con tu lumbré
El pensamiento humano, poderoso
Recorre las tinieblas, y en las fuentes
Del ser y del saber su sed apaga.
En vano la mentira perniciosa
Y el falso error, poblaron los espacios
De dudas y misterios, temerosos
De ver contigo la verdad triunfante.
En vano el fanatismo, su anatema
Fulminó contra tí, y los tiranos

De la conciencia, en vano pretendieron
Con el sarcasmo y el absurdo indignos,
Quebrantar tu poder—Nunca vencida,
Tú prodigas consuelos y esperanzas
A la aflijida humanidad; y al crimen
Que entre sombras fatidicas se oculta,
Iluminas tambien, porque á los buenos
Visible quede su horrorosa estampa....
Nada hay vedado para tí, en los tiempos
Ni en las cosas humanas ni divinas;
El hombre y Dios, el cielo y el abismo,
Ver y estudiar sin deslumbrarte puedes.
Ni el—*Crée ó muere*—ni el terrible infierno
Con que al pobre de espíritu amenaza
El fanatismo bárbaro, te arredra:
Tu fé la ciencia y la verdad la encienden.
Aun manchan el celeste firmamento
Las nubes del error; mas tu combates
Contra los hijos de Satan, que ansian
Resucitar la *Inquisicion* sangrienta.
Y cuando libre el universo sea
Del mal protervo y la falaz mentira,
El bien y la verdad, por tí salvados,
Al Hacedor tributarán incienso.

XXXIII.

LA CAMELIA PUNZÓ

Eres bella—tu corola,
La blanca tez arrebola,
De la virjen que en su aureola
Te coloca entre otras cien;
Pero te falta el incienso
Que embalsama el aire estenso,
La virtud y el don inmenso
De las flores del eden.

Y la modesta violeta
Y la fragante mosqueta
Y la aroma que coqueta,
Menosprecia al resedá;
Mientras que tú te consumes
En las galas que presumes,
Ellas exhalan perfumes
Que vuelan al mas allá.

Se parece tu belleza
A la hermosura francesa,
Mucho fuego en la cabeza
Pero yerto el corazon;

A la estatua inanimada
Por el arte cincelada,
Venus de mármol helada
Sin sentimiento ni accion.

No en vano al morir el dia
Marchita y sin lozanía,
La triste melancolía
Miro en tu faz de carmin;
Cuando envidias silenciosa
El perfume de la rosa,
Y la aroma delciosa
Del magnífico jazmin.

Pero consuélete al menos,
Que hay muchos bienes agenos
Al corazon de los buenos,
En este mundo infernal;
Que si vives sin esencia
En momentánea existencia,
Sufre la misma dolencia
La *Sempreviva* inmortal.

XXXIV

ÉL ALBA

Alba peregrina
Que el oriente doras,
Difundiendo lumbre
Y ahuyentando sombras.

Te ama el alma mia,
Porque la engañosa
Turba de los sueños,
Huye cuando asomas.

Porque á tu luz bella
Gratos se alborozan,
El ave en las ramas,
Y el pez en las ondas.

Porque cuando naces
Es la feliz hora,
En la que al trabajo
La virtud convoca.

Y porque retratas
A la ciencia hermosa,
Difundiendo lumbre
Y ahuyentando sombras.

XXXV.

LA VIDA

Por entre ásperos abrojos
Camina incierta la vida,
Y si encuentra alguna flor,
Es una flor con espinas.

Á su diestra va la fé
Yerta, pálida y sombría,
Pues los engaños del hombre
Apagan su lumbre viva.

Va á su izquierda la esperanza
Sosteniéndose á sí misma,
Porque esperanzas del mundo
Son esperanzas perdidas.

Y detrás, con los ardides
De la falsa hipocresía,
Va la caridad humana
Parodiando á la divina

Asi la vida del hombre
Mas se arrastra que camina,
Por este valle de lágrimas,
Por este mar de agonías.

Pues en cada placer breve
Que le da la suerte amiga,
El infortunio derrama
Torrentes de amargo acibar.

Y sin fé, sin esperanza
En la humanidad impia,
Alza la vista á los cielos,
Piensa en Dios y se resigna.

Hasta que se hunde en el polvo
Del—no ser—donde terminan,
Las vanidades del mundo
Y el tránsito de la vida.

XXXVI

A UNA JOVEN.

Hay una edad en la vida
De sonrisas y de amor,
Edad en que está escondida,
Toda la hiel que se anida
En el cáliz del dolor.

Edad de las ilusiones
Do no hay martirios ni afan,
Porque en nuestros corazones,
Las enérgicas pasiones
Adormecidas están.

Edad bella en la que gira
Libre la imaginacion,
Y al traves del prisma, mira,
Con que la falaz mentira
Nos deslumbra la razon

Tu serena frente, dora
La luz pura de esa edad,
En la que al alma enamora,
La vision encantadora
Que llaman felicidad.

Pero muy pronto, alma mía,
Huirá el risueño placer,
Y reinará la sombría,
Profunda melancolía
Del amargo padecer.

Y por mas que el mundo vano
Te muestre engañosa faz,
¡Ay de tí tarde ó temprano,

Como todo ser humano
Perderás la dulce paz

¿Pero á qué cuando la aurora
Destella el primer albor,
Nublar su faz seductora,
Con la sombra aterradora
De la noche del dolor?

¿Para qué agostar las flores
De tu imaginario eden?
¿Para qué pintarte horrores, .
Y de abrojos punzadores
Coronar tu casta sien? . . .

Goza en calma la ventura
Que te brinda la ilusion,
Y no llegue mi amargura,
A enturbiar la fuente pura .
De tu virgen corazon.

Es mentira el desengaño
Y mentira es el sufrir;
Solo es verdad, el engaño
Que te hace esperar cada año
Un dichoso porvenir

Queda en paz—y si en mis dones
Va la incertidumbre atroz;
Duda de tus ilusiones
Y duda de mis razones,
Pero no dudes de Dios.

Y pon en él tu esperanza
Y tu fé y tu amor tambien;
Que el que crée siempre avanza,
Y el que espera, al fin alcanza
El mas suspirado bien.

XXXVII

INSPIRAME.

¡ Ay! de la gloria que soñó el Poéta
Si el adverso destino lo sujeta,
A vivir sin amor y sin placer;
Nunca inmortal resonará su lira;
Si la llama ardorosa no lo inspira,
Del frenético amor de la muger.

Inspirame muger idolatrada,
Con la vibrante luz de tu mirada
Con el calor de tu constante afan;

Con el hálito ardiente de tus besos,
De la pasión voraz, con los excesos,
Con la férvida llama de un volcán.

Inspírame ¡oh Querubel, porque quiero,
Los laureles de Píndaro y de Homero,
Conquistar con mi esfuerzo y tu favor;
Inspírame y al trono de la gloria,
Volaré con el don de la victoria,
En las fúlgidas alas de tu amor.

— —
XXXVIII

VAIVEN.

No siempre alegre el corazón palpita,
Ni siempre al labio la sonrisa asoma,
Ni siempre el ave que en el bosque habita,
Nos dá su canto, ni la flor su aroma

Abismo de pasiones es el mundo
Cadena de inconstancias es la vida,
Ora es feliz el hombre, ora el profundo
Dolor lo hiere que en su ser se anida .

Aborrecer y amar es su destino,
Gozar y padecer es su existencia;
Flores y abrojos halla en su camino,
Tristezas y alegrías son su herencia.

Flujo y reflujo de amargura y duelo,
Vaiven continuo de placer y encanto;
Brillo y eclipse de la luz del cielo,
Gloria en el alma y en los ojos llanto!

Tempestad es la vida, mar violento
De creencias, de dudas y de errores;
La ilusion es el iris del contento,
La realidad el don de los dolores....

No siempre alegre el corazon palpita,
Ni siempre al labio la sonrisa asoma;
Ni siempre el ave que en el bosque habita,
Nos dá su canto, ni la flor su aroma.

XXXIX

A MI LIRA

Rêver c'est le bonheur;
Attendre c'est la vie.

VICTOR HUGO.

Amiga fiel de mi azarosa vida,
Lira que nunca enmudeció el dolor;
Templada por el genio, y recibida
De manos del Señor.

Tú sola sientes lo que siente mi alma,
Sola comprendes lo que está en mi sien;
Cantas mi tempestad, cantas mi calma,
Y mi mal y mi bien.

Tú en el silencio de la noche umbría,
Mis quejas das al rápido huracán;
Y á las corrientes de la mar bravía
Mis lágrimas de afan.

Tú penetras de mi alma los misterios,
Y vuelas con mi mente al mas allá,
Y traspasas los aureos hemisferios,
En busca de Jehová.

Tú reanimas mi fé, tú á la esperanza
Me vuelves con la magia de tu voz;
Tú me haces comprender, que todo alcanza
El hombre, de su Dios.

Tú eres la dulce paz de mis dolores,
El eco altisonante de mi ser,
El language feliz de mis amores,
Y el don de mi placer

¡Oh! nunca, nunca el infernal destino,
Tus armoniosas cuerdas romperá;
Y tu conceso bienhechor, divino,
Por siempre vivirá

Tú cantarás la gran naturaleza,
Espléndida, sublime y colosal;
La calma del desierto, y la fiereza
Del Oceano inmortal;

El reptil que se arrastra por la grama,
Y el cóndor de las cumbres morador;
Del rugiente volcan, la oculta llama,
Y la hoguera del sol.

La débil caña y el ombú gigante,
Y la estrella y la luna celestial;

El dulce beso de la brisa errante
Y el azote boreal.

Tú cantarás las fúrvidas pasiones,
Que sustenta el humano corazón;
La libertad del hombre y sus prisiones,
Su orgullo y su ambición.

Y cantarás los bienes del amigo,
Y el intenso dolor de la horfandad;
E invocarás en nombre del mendigo
La santa caridad.

Y arrullarás al párvulo inocente,
Y aliviarás al triste criminal;
Y nunca al mal serás indiferente
Del mísero mortal.

No verás en los hombres sino hermanos,
No adularás al oro ni al poder;
Y antes que sonreír á los tiranos,
¡Yo te sabré romper!

Y vivirás en mi identificada,
Y el emblema serás de mi existir;
De eternas siemprevivas coronada,
Para nunca morir.

Y cada vez que curen tus sonidos,
Las profundas heridas del dolor;
Suspensa el alma, absortos los sentidos,
¡Bendeciré al Señor!



XL.

EL PRIMER BESO

Bello era el paraiso cuando atónito
Adan lo contempló;
Pero á ese Eden de encantos y delicias
Le faltaba una flor.

Quiso con ella el Hacedor Divino
Coronar la creacion,
Y de un rayo de amor y de hermosura
Á la muger formó.

Miróla Adan como al querub de un sueño
Que halaga el corazon,
Palpó la realidad y ardió en su entraña
La llama del amor.

Eva inocente recibió en sus labios
Un beso abrasador,
Y de ese beso que inflamó dos almas
La humanidad nació.

—

XLI

TRIO DIVINO

I

Las tres virtudes sublimes
Que del mismo Dios emanan,
Coronadas por la gloria
Entre el bien y el mal brillaban;
Permitió el Creador del mundo
Que Satanás las tentara;
Y celosas las virtudes
De este modo razonaban.

II

LA FÉ.

Mi alma es la luz, y mi cuerpo
Es la divina palabra;
Quien en mis dogmas no crée,
Del mal eterno, no salva.

LA ESPERANZA.

Yo soy el sostén del mundo,
De la humanidad el ancla:
Sin mi el bajel de la vida
En la tempestad naufraga,

LA CARIDAD.

Torrentes de amor divino
Inagotables me inflaman,
Y llevo en mi amante seno,
La felicidad humana.

III

Quién tiene fé en mi existencia
Alienta con mi esperanza,
Y quién en mi gloria espera
A sus semejantes ama:—
Dijo la voz del Eterno
Y huyó la sierpe satánica,
Y hubieron un mismo espíritu,
Caridad, fé y esperanza.

XLII

LOS TRES SUSPIROS.

I.

Era el último desmayo
De la hermosa luz del sol,
Y el acorde postrimero
Del-amante rui señor.

Cual sonido de arpa eólica
Que conmueve el corazón,
Melancólica armonía
Por do quier se difundió.

Y en las alas de la brisa
Resonaron á una voz,
Los acentos dolorosos
De una muger y una flor.

II.

—Dichosa flor que en los pensiles moras,
Y en los pensiles hallas tu ataud;
Para vivir contenta en este mundo
¡Quien fuera como tú!

—Feliz sería si cambiar pudiese
Por el tuyo mi ser, pero ¡oh dolor!
De tristeza al instante morirías
¡Si fueras como yo!

—El céfiro te mece cariñoso,
Besa tu tallo la corriente azul;
Y la noche te baña con su llanto,
¡Y el día con su luz!

—Cuanto tiene de hermoso y de perfecto
La gran naturaleza, se halla en ti;
Y el Hacedor Supremo te ha dotado
¡De virtudes sin fin!

—¡Qué vale la virtud en esta vida
Donde imperan el vicio y la maldad?
Aquí el premio del bien, es el martirio,
¡La gloria en Dios está !

—Dichosa tú que tienes la esperanza,
De otro mundo, otra vida y otro ser;
Desgraciada de mí que nada tengo,
¡Ni esperanza ni fé!

III.

Así suspiraban en son lastimero,
Al hoy marchitadas, sin vida al ayer;

La flor que tirano deshoja el pampero,
Y el angel caido, la pobre muger!

Reinaba la noche:—lloraba el poeta,
Los bienes perdidos de su juventud;
Y al pálido rayo del tibio planeta,
El hijo de Apolo pulsó su laud.

«Callad seres bellos, mas triste es mi suerte,
Mas honda es mi pena, mi mal es mayor;
Canté el universo, la vida y la muerte,
La tumba me espera y en trance tan fuerte,
No encuentro en la tierra ni un rayo de amor.»

XLIII

VANA ESPERANZA

Tras una vana esperanza
Volando va el pensamiento
De la vida en lontananza;
Siendo la esperanza viento,
Oh dolor....
¡Quien la alcanza, quien la alcanza!

Él la persigue—ella avanza;
¡Cuanta desdicha presumo

Para el que al error se lanza !
Siendo la esperanza, humo
Oh dolor
! Quien la alcanza, quien la alcanza !

.....

¿ Adónde fué el pensamiento ?
¿ Adónde está la esperanza ?
! Se abismaron !—Humo y viento,
Tan solo la vista alcanza;
Oh dolor
! Humo y viento es la esperanza !



XLIV.

EL CAMALEON

En politica hay un tipo
Que retrata esta cancion,
Reptil el mas despreciable
Que se arrastra bajo el sol;
Emblema de la inconstancia
Trasunto del deshonor,
Que por cambiar de colores,
Se le llama
El camaleon.

Este insigne periodista
Que alza intrépido la voz,
Escritor asalariado
Eco de agena opinion,
Es del pueblo un falso apóstol,
Un infame explotador,
Un pobre diablo, un abyecto,
Un cínico,
Un camaleon !

Ese Ministro de Estado
Que la cartera adquirió,
A fuerza de hábil intriga
Y de astuta adulacion;
Ayer de la tiranía
El carro inicuo arrastró
Y hoy es para Presidente
Candidato
El camaleon !

Aquel fátuo gobernante
Que con fraudes se elevó,
Que de la Troya Moderna
Fué soldado desertor;

Que de buen republicano
Ante el mundo blasonó,
Hoy del Imperio negrero
Es aliado
El camaleon!

—

Hasta el pueblo heroico y grande
De los Reyes vencedor,
El que ayer sacudió el yugo
De veinte años de opresion,
Hoy soporta las cadenas
Del caudillaje traidor;
Ayer digno, hoy degradado!
¡ Hasta el pueblo
Es Camaleon!

XLV

EL AMOR MATERNAL

¿Sabes lo que es el amor de madre?

AIMÉ-MARTIN.

Hijo de mis entrañas,
Grato sostén de la existencia mía,
Que lejos de mi lado
Y en brazos de la suerte que te guía,
Por el mar furibundo
Vas navegando del estenso mundo.

Tú ignoras, hijo mio,
Cual es mi sufrimiento y mi agonía
Al verte separado,
Al ver que espira un día y otro día
Sin escuchar tus pasos,
Sin poder estrecharte entre mis brazos.

Comprendo que es el hombre,
Como el ave que en busca de alimento
Abandona su nido;
Y que volando por el raudal viento,
Corre á merced del mismo,
Ora á la salvacion, ora al abismo!

Sé tambien, que es preciso,
Habituarne á vivir ¡ay Dios! ausente
Del bien que se idolatra,
Y resignada doblegar la frente,
Cumpliendo en el destino
La voluntad del Hacedor Divino.

Y la idea horrorosa
De que la hoz de la traidora muerte,
Tronche mi débil vida
Y espire ¡oh cielos! sin llegar á verte,
Me arrebatara la calma,
Me anega en llanto y me desgarrara el alma!....

Pero no te entristezcas:
Tanto el amor de madre su sublima,
Que aunque la férrea mano
Del infortunio sin piedad lo oprima,
Espiritual y tirno
Arde por siempre en el divino infierno.

Infierno de cuidados,
De agitacion, de dudas, de temores;
Pero infierno celeste
Que lo causa el amor de los amores;
Inestinguible llama
¡La mas voraz que al corazon inflama!

Padezco, pero en cambio,
Me consuela el saber que eres buen hijo,
Y que tienes por siempre
En Dios y en mí tu pensamiento fijo;
Que oyes á la esperiencia,
Y que amas la virtud y amas la ciencia,

Sé feliz, hijo mio,
Vence á la adversidad con heroismo;
Si sufres en la vida,
No abrigue tú alma el negro escepticismo;
Pon en Dios tu esperanza
Que quien en él espera al fin alcanza.

Y cuando los placeres
Te halaguen, ó te abrumen los dolores,
¡No olvides á tu madre!
Que es el amor mayor de los amores,
El que en el alma siente,
La que de bienes coronó tu frente!

XLVI

LAS HORAS.

Esos genios peregrinos
Que con placentera faz,
El cuadrante de los tiempos
En la esfera hacen girar;
Son las horas, que del péndulo
Al compas,
Van burlando de la vida
La ansiedad.

Esas timidas palomas
Fatigadas de volar,
Que huyen tristes, perseguidas
Por hambriento gavilan;
Esas aves que al ocaso
Llegan ya,
Son las horas de la vida
Que se van.

Mariposas de las auras,
Aristas del huracan,
Meteoros de la existencia,
Viageras del mas allá;

Son las horas que vivimos
Bien ó mal,
Nada mas que exhalaciones,
¡Nada mas!

XLVII.

TIRANIA DEL AMOR.

Esto es morir.... mi corazon, mi frente,
La fiebre quema y el dolor devora!

G. GONZALEZ Y TASSARA.

¿Qué influencia es esta misteriosa y rara
Que ejerce en mis sentidos la belleza?
¿Qué es esta palidez que hay en mi cara?
¿Qué es esta fiebre que arde en mi cabeza?

¿Qué corazon tirano me cautiva?
¿Qué poder invencible me avasalla?
¿Qué adoro ciego la beldad esquiva,
Que quiero odiarla y el amor estalla!

¿Porqué mi voluntad, tremendo ariete,
Ante los muros que el Amor levanta,
Arremete una vez, otra arremete,
Y encuentra resistencia y se quebranta?

¡ Amor, Amor que el corazón estrechas
Con la sonrisa falsa del tirano;
Hundiendo en él tus ardorosas flechas
Y en su dolor gozándote inhumano !

¡ Hielo derrama en mi amoroso seno,
Hielo en mis labios al decir su nombre;
Que amar sin ser amado, es un veneno
Que lento mata el corazón del hombre !

Y si he de amar por fuerza y á despecho,
Del desamor de la que adoro tanto;
Dame un volcan que me devore el pecho,
O dame un mar para verterlo en llanto!

XLVIII

EL LLANTO DE LA AURORA

I.

La Aurora esplendorosa,
Hija del sol ardiente
Y de la tibia luna,
Que con sus dedos de marfil y rosa
Abre al risueño día
Las puertas del oriente,

De ia adversa fortuna
Sufrió tambien la negra tirania ;
Pues la ciega matrona
Que en voltear la rueda se divierte,
Ni el riesgo nos advierte,
Ni la belleza ni el amor perdona !

II

Perseguida la Aurora
Pór la diosa inhumana,
De sus hijos lloró la triste suerte;
Y la muerte temprana
De lo que mas se adora,
Con lágrimas de hiel siempre se llora.
Lloró tanto la Aurora, que el destino
Conmovido, formó de su divino
Llanto de perlas que á torrentes mana,
El rocío feliz de la mañana.

Desde entonces la Aurora
Cada perla que llora,
En una flor preciosa convertida,
Al instante la vé, que agradecida,
Del céfiro en el ala,
Le envia el ámbar que su seno exhala,
¡ Breve placer !—mas tarde
El sol que en llamas arde,

Pulveriza las flores en su hoguera
Y corona de abrojos la pradera.
Y vuelve entonces á llorar la Aurora,
Y vuelven á nacer las mismas flores
Y vuelven á brillar los resplandores
Del ardiente volcan que las devora !

III.

Así la mujer llora
La ingratitud del ser á quien adora,
Y las perlas que ruedan á sus plantas,
Se trasforman despues en otras tantas
Ilusiones de paz y de ternura;
 Pero al fin atesora
 Una falsa ventura,
Que amor le finge quien traidor le jura.
Y volverá á llorar amargamente,
Y nacerá otra llama mas ardiente
 Que el corazon le abraze,
Y sus fibras amantes despedace !

XLIX

EL TRABAJO

Labor omnia vincit.

Precioso don del cielo
Que al hombre libras de mortal hastio;
Bálsamo de consuelo
Derramado en el suelo,
Como haz de luz en el desierto umbrío,

Cuan cansada la vida
Fuera sin tí, cuan triste y pesaroso
Yaciera en su guarida
Con la frente abatida,
El hombre de sus obras orgulloso.

Al trabajo es debido
El fruto de la ciencia, el bien del arte;
Y el triunfo enaltecido
Con que el genio atrevido,
De la barbarie derrocó el baluarte.

En bienes mil fecundo
Nutre el progreso arteria por arteria,
Sondéa el mar profundo
Cambia la faz del mundo,
Y los harapos quita á la miseria.

Virtud de las virtudes
Batalla denodada contra el vicio,
Y en las excelsitudes
Armónicos laudes
Celebran su victoria ó sacrificio.

Honor al animoso
Obrero de la paz y del contento;
Mas digno y mas virtuoso,
Mas humano glorioso
Que el gran señor y el militar sangriento.....

Quiero ser vuestro hermano
Nobles trabajadores mis amigos;
Quiero estrechar ufano
Vuestra callosa mano,
Y que seais de mi labor testigos.....

Bendita la sentencia
Que así, con el sudor de nuestra frente,
La verdad de la ciencia
Y el pan de la existencia,
Nos condenó á adquirir eternamente.

Da el trabajo riqueza,
Hace al hombre feliz é independiente,
Mata la vil pereza,

**È inflama en la cabeza
Del hombre pensador, la llama ardiente.**

**Protector de mi vida,
Constante agitador de mis ideas;
Paz de mi alma afligida
Por la miseria herida,
Trabajo bienhechor—bendito seas!**

L

LA FLOR DEL AIRE Y EL CÉFIRO

I.

En un hermosa espinillo
Con mas aromas que espinas,
Que al márgen del Uruguay
Embalsamaba las brisas;

Una ténue FLOR DEL AIRE
Olorosa, pura y nivea,
Entre las ramas del árbol
Se ostentaba suspendida.

Una perla de la aurora
En su cáliz relucía,
Como un brillante en el seno
De una beldad peregrina.

Al soplo de los ambientes
Sus hojas se estremecian,
Como al primer beso tierno
Los labios de casta ninfa.

Y mimada por el sol
Y por el aura mecida,
A la *Aroma* celebrada
Causaba celos y envidia.

II

Enamorado el Céfito
De la flor hechicera
Que en la region eólica
Con sus encantos reina;

Revoloteaba plácido
En derredor de ella,
Ósculos amantísimos
Dándola en su carrera.

Si algun insecto aligero
Iba á libar su esencia,

O rosaba sus pétalos
Con sus alitas bellas;

Huía al soplo rápido
Del blando centinela,
Que del nevado cálice
Se embriagaba en el néctar.

Y el dulce dueño único
Fué de la flor aérea
El suspirado Céfiro
De la florida selva.

III

Tres veces el alba pura
Iluminó el horizonte,
Y otras tres sobre la tierra
Tendió su manto la noche,

Sin que el CÉFIRO liviano
Amante fiel hasta entonces,
Buscara á la FLORES DEL AIRE
Suspirando por el bosque.

Que á impulsos de la inconstancia
Cambió voluble de norte,

Relegando en el olvido
A la FLOR de sus amores.

Ella amorosa, no obstante,
Guardaba sus ilusiones,
Y resignada sufría
Del destino los rigores.

Y entre tanto la áurea *Aroma*
Que envidiosa vió sus goces,
Con sarcástica ironía
Redoblaba sus dolores.

IV

La FLOR desesperanzada
Detanto esperar en vano,
Languideció abandonada
Por el CÉFIRO inhumano.

A las aves del espacio
Por su amado preguntaba,
A los astros de topacio
Y á cuanto ser la rodeaba.

Y nadie le respondía
Y acrecentaba su pena

Y la FLOR desfallecía
De amor y pesares llena.

Mil veces llamó á la muerte
Pero hasta la muerte impía
Burlándose de su suerte
A paso lento venía.

Hasta que el sol ardoroso
Apiadado de su ruego,
Le envió el rayo mas hermoso
Y la devoró en su fuego.

v

En busca del bien perdido
El CÉFIRO volador,
Volvió despues, convencido
Que aquel era el bien mayor.

Pero fué tarde—yacía
Hecha cenizas la FLOR,
Y donde su tallo erguía
Halló espinas de dolor.

Suspiró el cuitado amante
Del árbol en derredor

Miró á la *Aroma* triunfante
Y huyó de ella con horror.

Y triste y desesperado
Y abandonado al furor,
Se trasformó el desdichado
En huracán destructor

Guardó el misterio esta historia
Y hoy la canta el trovador,
Porque son dignos de gloria
Los que mueren por amor.



INDICE

	<u>Página</u>
Las Laurindas.....	3
JUICIOS —D. Cárlos Guido y Spano.....	5
D. Isaac P. Areco.....	8
D. Nicomedes Antelo.....	11
D. Cárlos María Ramirez.....	19
D. Luis D. Desteffanis.....	34
D. Heraclio C. Fajardo.....	53
LAURINDAS —Dios.....	71
Mi sombra.....	72
Campoamor.....	73
Flor de la nada.....	76
El corazon.....	77
La ilusion y el desengaño.....	78
Amar sin esperanza.....	80
La sensitiva.....	81
La nave del Estado.....	83
Amor.....	85
<i>El anónimo</i>	86
La voluntad.....	87
Á una madre.....	89
<i>La moda</i>	90

	<u>Página</u>
La mariposa y la llama	92
Á la hoja de un album	94
Á la brisa	95
La orgía	96
El porvenir	98
Historia de un pensamiento	99
La ignorancia y la ciencia	100
Las ilusiones	103
Las dos coronas	103
Arrullo	105
<i>Las pasiones</i>	107
<i>Heracio C. Fajardo</i>	108
La tempestad y la calma	109
<i>La nave del amor</i>	112
A la que miran mis ojos	113
La sierpe y el cóndor	114
Celos	116
La razon	117
<i>La camelia punzó</i>	119
<i>El alba</i>	121
La vida	122
Á una jóven	123
<i>Inspírame</i>	126
<i>Vaiven</i>	127
Á mi lira	129

	<u>Página</u>
<i>El primer beso</i>	132
Trio divino.....	133
Los tres suspiros.....	135
Vana esperanza.....	137
<i>El Camaleon</i>	138
El amor maternal.....	141
<i>Las Horas</i>	144
<i>Tiranía del amor</i>	145
El llanto de la aurora.....	146
<i>El trabajo</i>	149
<i>La flor del aire y el céfiro</i>	151
